

SOMMAIRE

SOMMAIRE	1
EL SIERVO DE DIOS	2
HERMANO MARCELO VAN, C. SS. R.	2
1928 – 1959	2
1996	2
ÍNDICE	3
ESTE LIBRITO CONTIENE LOS TEXTOS PUBLICADOS POR “LOS AMIGOS DE VAN” DURANTE EL AÑO 1996, EN LOS BOLETINES Nº 5 AL Nº 8.	3
-Introducción del boletín nº 5 – 03/1996	3
-Introducción del boletín nº 6 – 06/1996	3
-Introducción del boletín nº 7 – 09/1996	3
-Introducción del boletín nº 8 – 12/1996	3
-Historia de la Causa del Hermano Marcelo	3
presentación de los Coloquios	3
-Recemos con el Hermano Marcelo:	3
el encuentro con Teresita	3
-Testimonios	3
testimonio del padre Khan sobre Quang-Uyên	3
-Los padres Maillet y Brebion	3
en Quang-Uyên	3
-Testimonio del profesor Lê Hûu-Muc	3
sobre las traducciones del padre Boucher	3
-Obras del Hermano Marcelo ya publicadas	3
-“LOS AMIGOS DE VAN”	3
INTRODUCCIÓN Nº 5	3

INTRODUCCIÓN Nº 6	4
INTRODUCCIÓN Nº 7	5
CIUDAD DEL VATICANO, EN LA SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN	5
INTRODUCCIÓN Nº 8	7
HISTORIA DE LA CAUSA	8
DEL HERMANO MARCELO	8
NOTA DEL PADRE BOUCHER	12
BOLETÍN Nº 7: EL SANTO PADRE	14
BOLETÍN Nº 8: VAN Y LA	16
VOCACIÓN RELIGIOSA	16
RECEMOS CON EL	17
MEDITAMOS CON EL	19
HERMANO MARCELO	19
TESTIMONIOS	32
OBRAS DEL HERMANO MARCELO	41
VAN YA PUBLICADAS	41
LES AMIS DE VAN	42

El Siervo de Dios

HERMANO MARCELO VAN, C. Ss. R.
1928 – 1959

Boletín de la Asociación “los Amigos de Van” para acompañar la causa del Hermano Marcelo.

1996

ÍNDICE

Este librito contiene los textos publicados por “los amigos de Van” durante el año 1996, en los boletines n° 5 al n° 8.

-Introducción del boletín n° 5 – 03/1996

-Introducción del boletín n° 6 – 06/1996

-Introducción del boletín n° 7 – 09/1996

-Introducción del boletín n° 8 – 12/1996

-Historia de la Causa del Hermano Marcelo
presentación de los Coloquios

-Recemos con el Hermano Marcelo:
el encuentro con Teresita

-Testimonios
testimonio del padre Khan sobre Quang-Uyên

-Los padres Maillet y Brebion
en Quang-Uyên

-Testimonio del profesor Lê Hûu-Muc
sobre las traducciones del padre Boucher

-Obras del Hermano Marcelo ya publicadas

-“Los amigos de Van”

INTRODUCCIÓN N° 5

El 8 de diciembre de 1995, en la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Según una distinción tosca que convendría marizar, hay dos clases de pequeñas almas:

- Las que no se harán grandes santos y pueden quedar mucho tiempo imperfectas; pero acabarán muriendo de amor según el martirio evocado por Teresa en su consagración;
- Las que, al contrario, se harán grandes.

De éstas últimas Teresa es un ejemplo, y el mismo Marcelo, quien fue un santo muy grande, un niño mártir... y un gran teólogo según la palabra de Cristo: “Te alabo, Padre, por haber ocultado estas cosas a los

sabios y los inteligentes, y por haberlas revelado a los pequeños. Sí, te alabo por haberlo decidido así según tu agrado”.

El primer teólogo de la historia cristiana es el mismo Jesús a los doce años, turbando la seguridad interior de los doctores de la ley. Siguiendo esta teología de los pequeños, cuyo Doctor para nuestro siglo es Teresa, fue como siempre quise situar mi propia búsqueda. Encontré entonces en Van una luz deslumbrante que me llenó de gozo y en la que me metí de lleno. Supo plantear las “verdaderas preguntas”, las más difíciles y las más peligrosas, las que plantean espontáneamente los niños con su candor implacable.

Estas preguntas por poco llevarían nuestra inteligencia presuntuosa a un naufragio que puede ir hasta la locura, si no conduce a la adoración en que el nenito enviado a san Agustín, que era un ángel, le invitó a que se hundiera a propósito de la Trinidad.

Así pide Van de manera intrépida a Jesús y María si podría el demonio convertirse un día, problema crucial que haría desaparecer todos los otros si se pudiera encontrarle una respuesta confortable, pero no existe una respuesta confortable. Y me arrojé tras Van a los abismos a los que nos conduce esta meditación, abismos que son la clave de los dramas que envuelven la condición humana.

Así mismo, Teresa se atormentaba en extremo por la salvación de los nenitos muertos sin bautismo. Torturada por creerlos excluidos del Reino de los Cielos según el catecismo que se le enseñaba, cortados del corazón de Cristo, de quien no admitía un desinterés por ellos. Jesús propone a Van una respuesta muy atrevida que, como todas las grandes luces, provoca más problemas de los que resuelve, negando así también a nuestra inteligencia del confort que exige siempre.

Podría multiplicar los ejemplos. Para ser más breve, y sólo señalar la presencia insustituible, maravillosa, fraterna de Van en mi pobre vida de teólogo. Quiero ser su discípulo, como el de Teresa, para proponer su enseñanza a los sabios y los inteligentes.

Padre Marie-Dominique MOLINIE O. P.

INTRODUCCIÓN N° 6

En este día de Pascuas de Resurrección de 1996, entre los incontables hijos de santa Teresita, hay que contar ya a Marcelo Van, este joven vietnamita, mártir de la ideología marxista, nacido tres años después de la canonización de la joven carmelita, Teresa del Niño Jesús. Murió a los 31 años.

¿Cómo extrañarse de la predilección de la Santa por este joven? Se sabe que, de haber vivido, la Hermana Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz habría marchado al Convento de Carmelitas de Saigón (fundado por el de Lisieux en 1961) o al de Hanoi (fundado también por Lisieux en 1895). Su vocación misionera había sido reconocida por su priora Madre María de Gonzaga. Pero la tuberculosis le impidió que

marchara y la mantuvo en la cama de la enfermería del Convento hasta el 30 de Septiembre de 1897. Tenía 24 años.

Soñó con el Vietnam (se decía entonces Indochina), tanto más cuanto que en los postreros meses de su vida, tuvo una corazonada por el joven mártir Teófilo Venard, degollado en Hanoi en 1861, a los 31 años (como Van).

Estas amistades espirituales son grandes misterios que nos revelan algo de la comunión de los santos.

De todos modos, el vínculo profundo entre Teresa de Lisieux y el Vietnam se concretó con su amistad celeste por el pequeño Marcelo Van. La fecundidad de tal unión se irá aclarando. Sólo podemos presentirla. Ya lleva frutos de gracias.

Mrg Guy GAUCHER,
Obispo Coadyuntor de Bayeux y Lisieux

INTRODUCCIÓN N° 7

CIUDAD DEL VATICANO, EN LA SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN

El Santo Padre en Francia

En septiembre de 1996, el Santo Padre estará otra vez en la tierra de Francia, este país querido por su corazón. Desde el memorable viaje de 1980 en que había hecho la famosa pregunta: ¿Francia, qué has hecho de las promesas de tu bautismo? han pasado más de quince años, pero la pregunta sigue permaneciendo tan fuerte como aquella vez.

En mayo y junio de 1980, Juan Pablo II iba a Francia por la primera vez y si exceptuando los dos viajes de Pío VI, muerto cautivo en Valencia, y de Pío VII, venido a coronar a Napoleón Bonaparte en Nuestra Señora de París, era la primera vez que un Papa se encontraba en Francia de buen grado desde Alejandro III en 1163.

El Santo Padre había saludado a Francia con cariño y le había dicho aquellas palabras espléndidas: “Estoy profundamente feliz por visitarte en estos días y por manifestarte mi deseo de servirte en cada uno de tus hijos”. Esta voluntad de servicio de la Iglesia por todos los confines de la tierra no ha dejado de ser afirmada por el Soberano Pontífice en el transcurso de sus numerosas giras por el extranjero. Pero había querido voluntariamente subrayar el privilegio del país de Clodoveo: “Francia fue la primera comunidad nacional de Occidente que se declaró hija de la Iglesia”. Y con fuerza, daba a los cristianos de Francia este emocionante llamado: “Me habéis invitado a comprobar, mil quinientos años poco menos después del bautismo de vuestra nación, que la fe sigue siendo viva, joven, y dinámica.

A continuación, hizo cuatro viajes:

El 14 y 15 de agosto de 1983, para el Año Santo del Jubileo de la Redención, el Santo Padre se va de peregrinación a Lourdes. Reza “por la nación francesa entera y por los que están encargados de gobernarla y

servirla”. Confía Francia a la Virgen María y le pide que defienda a los hijos y a las hijas de esta tierra contra la muerte del alma (Homilía de la misa del día de la Asunción de María).

Desde el 4 hasta el 7 de Octubre de 1986, visitando a Lyon, Paray-Le-Monial, Ars y Annecy, precisa el Papa su pensamiento acerca de Francia, acude a ella por tercera vez, cosa que es de notar. Permanece Francia, dice, siendo un gran país, con una historia prestigiosa, muy conocida por otras naciones, particularmente por mi Polonia natal. Su “tradicción cultural” y su “tradicción espiritual” le dan una responsabilidad relevante. Y vuelve otra vez el llamado a la fidelidad en la homilía para la beatificación del Padre Chevrier¹; “Iglesia que estás en Francia, tú a quien visito por tercera vez, invitado por la conferencia episcopal, recuerda tu bautismo, la alianza que Dios nunca rompió”.

Al final de aquel viaje, declaraba el Papa: me pareció juntarme con el alma profunda de Francia, cuyos hijos e hijas no se han olvidado de su historia cristiana, su vocación de bautizados, aunque estén rodeados por la niebla de la indiferencia religiosa, de la duda o de los respetos humanos que muchas veces tienden a ensimismarlos.

Un cuarto viaje permite al Papa visitar el este de Francia: Estrasburgo, Metz, Nancy y Mulhouse son las etapas de este viaje, desde el 8 hasta el 11 de Octubre de 1988. La necesidad de fundar la construcción europea en bases cristianas es particularmente señalada. La atención dada a las dificultades económicas no se olvida, pues suele esforzarse el Papa, en los países a los que visita, por estar atento a las condiciones de vida de los más necesitados.

En La Reunión, por fin, el primero de Mayo de 1989, un contacto con la Francia de ultramar se da el Santo Padre. El mensaje que entrega bien dice lo que espera de los católicos de Francia: “Lo que la Iglesia quiere cumplir por su misión, es favorecer y elevar cuanto es verdad, cuanto es bueno, bello en la comunidad humana y así contribuir a la paz entre los hombres, para la Gloria de Dios.

No es, pues, necesario insistir más: el Papa quiere a Francia. Es uno de los países a los que más visitó. Su venida en el mes de Septiembre se observa en el marco excepcional de la conmemoración del quince centenario del bautismo de Clodoveo, primer soberano de Occidente después de Constantino que se convirtió a la fe cristiana. Cumple una obra de pastor y apóstol al pisar otra vez el suelo francés. Sólo quiere ser el Padre de todos, el Obispo de la Iglesia que “preside a la caridad” (San Ignacio de Antioquia). En esta caridad, siente el deber apremiante, como lo repite a menudo, de confirmar a sus hermanos en la fe (Lc, 22-23).

Si se considera mas atentamente, se da uno cuenta de que sus viajes como Papa estuvieron precedidos de numerosas estancias como estudiante, sacerdote y Obispo. En 1946, se fue por primera vez a la Isla de Francia² y tuvo la oportunidad de contar cuanto le había impresionado el celo de los sacerdotes franceses. Así, lleno de confianza y esperanza, se encontrará de nuevo con la patria de san Remigio, santa Clotilde, y san Luis-María Grignon de Montfort. Desde hace mucho ha hecho la ofrenda de su vida en un movimiento que bien expresa su divisa “Totus Tus”, sacada precisamente de san Luis-María, como lo recordará en la peregrinación a Saint Laurent-sur-Sèvre.

Cabe desear a los católicos de Francia la gracia de tener buen tiempo para recibir, desde el cielo soleado de Roma, a quien venga a visitar la primogénita de la Iglesia.

Mgr Vicente TRAN GNOC THU
Secretario particular de su Santidad el Papa Juan Pablo II hasta 1996

¹ Sacerdote apóstol de los medios obreros en el siglo XIX en Lyon (N.D.L.T.)

² Provincia que rodea a París (N.D.L.T.)

INTRODUCCIÓN N° 8

Ser sacerdote en la actualidad de Cristo

Para un Obispo no hay preocupación más candente que la de las vocaciones sacerdotales y de la preparación de los jóvenes a este ministerio del sacerdocio. De ello depende en gran parte el porvenir del pueblo cristiano.

En un libro que se lee de un tirón, con motivo de sus cincuenta años de sacerdocio, el Papa relata todo su itinerario de sacerdote y Obispo. En su testimonio, evoca este tema:

¡Cuántas veces lleva un Obispo los pensamientos y el corazón hacia el seminario! Es el primer objeto de su preocupación. Se suele decir que el seminario es para el Obispo la “niña de sus ojos”. El hombre defiende la niña de sus ojos, pues esta le permite ver. En cierto modo, ve también su Iglesia a través del seminario, pues gran parte de la vida de la Iglesia depende de las vocaciones sacerdotales.

Esta preocupación es el centro del ministerio episcopal. Llamado muy pronto en mi vida de sacerdote a servir a los futuros sacerdotes en su preparación, percibí profundamente hasta que punto, en efecto, estaba vinculada la vida de las comunidades cristianas a la formación de estos futuros obreros. De ello es una ilustración ejemplar la vida de san Juan-María Vianney. Aquel párroco imprimió una huella decisiva en el pueblo que se le había confiado. ¡No es exagerado decir “tal sacerdote, tal parroquia”!

Hoy, la manera de vivir el ministerio presbiteral es distinta a las que conocieron los sacerdotes mayores. Se debe en parte a la penuria: muchas veces el sacerdote ejerce su ministerio en una región entera. ¡Ha desaparecido la época en que se vinculaba un párroco a una sola parroquia! Por eso es difícil para el sacerdote de hoy estar en contacto directo con la gente: está obligado muchas veces a utilizar intermediarios.

Y, concretamente, el sacerdote colabora con muchos hombres y mujeres quienes, en nombre de su bautismo, se asocian con él para animar y dinamizar la comunidad cristiana. Muchos de ellos están presentes cerca de los enfermos, de los pobres, de los jóvenes que catequizar, de las personas de luto... El diaconato permanente, puesto en relieve de nuevo por el Concilio Vaticano II, va cobrando importancia en muchas regiones: llama a los sacerdotes a que empiecen una colaboración inédita con este ministerio que aún no les es muy familiar.

En este contexto, las generaciones jóvenes no dejan de interrogarse. A veces, acaban preguntándose: “¿Se seguirá necesitando al sacerdote el día de mañana? ¿Seremos en verdad útiles?”. Con esta nueva manera de vivir el sacerdocio, a veces se pone en tela de juicio la identidad del sacerdote.

Los obispos son concientes de estas interrogaciones. Por ello, la reflexión profundizada que llevaron a cabo con el Papa sobre la naturaleza del ministerio del sacerdocio originó este texto admirable, “Pastores dabó vobis...”.

El conocimiento de la naturaleza y de la misión del sacerdocio ministerial, afirma el texto, es el presupuesto necesario y al mismo tiempo la guía más segura y el estímulo más fuerte para desarrollar en la

Iglesia la acción pastoral con el objeto de la promoción y el discernimiento de las vocaciones sacerdotales y de la formación de aquellos que son llamados al ministerio ordenado.

Concretamente, ¿cómo puede prepararse a una realidad si no aparece claramente a los ojos de los que quieren consagrarle su vida? La Iglesia, pues, dijo de nuevo lo que era el ministerio recordando lo que le es esencial.

“Decir” y “repetir” la naturaleza del ministerio sacerdotal es algo importantísimo. “Vivirla” no es menos. Muchas veces, por la personalidad viva y dinámica de un testigo es como los jóvenes pueden descubrir de nuevo lo que es el sacerdote. ¿Cómo podría uno dudar de ello cuando viene a Ars, cuando aprende a conocer la vida de Juan-María Vianney?

Por eso, me pareció oportuno abrir un seminario en este lugar — y cerca de aquél a quien presenta la Iglesia a todos los sacerdotes como el gran testigo de los párrocos del mundo — e invitar jóvenes a prepararse al sacerdocio.

Indica Juan Pablo II, en el libro antes citado, el rumbo que se debe seguir para una renovación del ministerio sacerdotal:

“El Concilio mostró cómo era posible y necesaria una renovación auténtica en la fidelidad plena a la Palabra de Dios y a la tradición. Pero más allá de la renovación pastoral que se impone, estoy convencido de que el sacerdote no debe tener miedo de estar fuera del tiempo, porque la actualidad humana de todo sacerdote se inscribe en la actualidad del Cristo Redentor. El más noble deber del sacerdote en cualquier época es encontrar día tras día su actualidad sacerdotal en la actualidad de Cristo, en esta actualidad de la que habla la carta a los hebreos. Esta actualidad de Cristo se integra en toda la historia, en el pasado y en el porvenir del mundo, de todo hombre y de todo sacerdote. Jesucristo es el mismo ayer y hoy. Y lo será para siempre jamás. Si, pues, estamos hundidos por nuestra actualidad humana y sacerdotal en la actualidad de Cristo, no hay ningún peligro para nosotros de estar atrasados, quedar rezagados. Cristo es la medida de todos los tiempos”.

Para ser sacerdote hace falta, en efecto, en todas las épocas, volver a quien es el único Pastor, y de este nuevo descubrimiento, sacar los recursos capaces de renovar su figura dentro de la actualidad de la historia.

Si hoy todavía Juan-María Vianney puede seguir siendo considerado como testigo del ministerio del sacerdocio, es porque vivió su cargo de párroco en la santidad, es decir, en una proximidad de todos los instantes con Cristo. Sola la santidad es capaz de unir lo que nuestra razón separa o incluso opone. Así, por ejemplo, el ministerio de Juan-María Vianney no deja nunca suponer que, para ser sacerdote, hay que escoger entre Dios y los hombres. Como todos los santos, supo unir, en una síntesis viva, el amor de Dios y el amor de los hombres. Tanto quedaba velando la presencia de Cristo en el sagrario como sirviendo a sus feligreses. ¡Sólo era una la Gloria de Dios con la caridad pastoral!

¡Gran beneficio es el de la santidad vivida por un sacerdote! ¡Acerca el rostro del Buen Pastor a la oveja más alejada!

Mgr Guy BAGNARD,
Obispo de Belley – Ars

HISTORIA DE LA CAUSA
DEL HERMANO MARCELO

Boletines nº 5 y nº 6: Presentación de los coloquios.

A lo largo del año 1995, esta rúbrica histórica permitió subrayar la acción constante de la Providencia Divina en beneficio de la provincia Redentorista de Santa Ana de Beaupré, cuyos padres y frailes canadienses y franceses marcharon desde 1925, para fundar en Vietnam una nueva provincia, erigida canónicamente el 27 de Mayo de 1964.

En este contexto tiene el padre Antonio Boucher una influencia notable: fue el director espiritual del Hermano Marcelo Joaquín Nguyen Ten Van, y pasó más de un cuarto de siglo traduciendo del vietnamita al francés los distintos escritos dejados por el hermanito, muerto de agotamiento en un campo de concentración en el Vietnam del Norte, el 10 de julio de 1959.

El hermano Marcelo es el regalo del Cielo en los umbrales del tercer milenio; este hermanito de Teresita nunca deja de asombrar a cuantos y cuantos se encuentran con él, gracias a los libros del padre Marie-Michel, difundidos por todo el mundo.

En este año de la apertura del centenario de la santita de Lisieux, escogemos deliberadamente insistir en esta rúbrica histórica, en el “estéreo” que existe entre Teresita y Marcelo. Comprenderán nuestros lectores que se trata de presentar los escritos del hermano Marcelo VAN.

Los coloquios del Hermano Marcelo con Jesús, María y Teresa del Niño Jesús:

Al presentar su traducción de los coloquios del Hermano Marcelo con Jesús, María y Teresa del Niño Jesús, conocidos gracias al libro del padre Marie-Michel “el amor me conoce”, escribe el padre Antonio Boucher:

“En calidad de maestro de novicios y consejero espiritual, atestiguo que viví día tras día, junto al hermano Marcelo, todos los acontecimientos y pequeños hechos descritos en las pequeñas cuartillas que me entregaba con regularidad cada semana. Al leer aquellos textos, presentía que aquel pequeñito hermano a quien conducían de la mano Jesús, María y Teresa, tendría un papel que desempeñar en la Iglesia y en el mundo. Por eso, me sentía como si fuera obligado a no dejar nada que perder del tesoro que se me presentaba bajo los ojos, entre mis manos, y frente a mi corazón. Reconozco con humildad que mucho más me enseñó el hermano Marcelo sobre la vida espiritual que yo a él”.

Redactado en 1945-1946, mientras el hermano Marcelo está en el noviciado del Monasterio de Thai-Há, en los arrabales de Hanoi, se sitúa este documento en la prolongación directa de los acontecimientos de Otoño de 1942, en Quang-Uyên, y que evocamos en las rúbricas: “Meditemos con el hermano Marcelo” y “Testimonios”.

Escrito antes del 7 de Octubre de 1945

Jesús: Marcelo, humilde hijo de mi amor, escucha las palabras que te dirijo aquí y escríbelas... las palabras que te dirijo aquí son palabras de verdad que sólo los sencillos y los humildes son capaces de comprender.

Marcelo: Jesús mío, tengo una letra muy mala.

Jesús: No importa. Escucha y sigue escribiendo, que jamás importó para mí la belleza exterior; aquellas cosas jamás tuvieron el poder de conmover mi corazón amante, sólo las almas que me aman con la sinceridad de un niño son capaces de atraer mi amor... Te escogí para ser la madre de las almas; ahora bien, a fuerza de sufrimientos es como la madre consigue hacer de sus hijos personas de valor...

¡Ah! Hijo mío, ¿dudarás acaso de escribir? No te desanimes. Al manifestarte así mi amor, mi anhelo es verte atraer hacia mí un gran número de almas que me amen como tú... ¡Oh! Esposo mío, cuántas almas esperan las palabras que escribes para aprender a amarme. Sigue escribiendo pues, y está muy persuadido de que estas palabras dentro de algún tiempo atraerán a tropel las almas de tus compatriotas.

Escrito el 7 de Octubre de 1945

Jesús: La labor que te confío, hazla pronto, pues no permanecerás mucho tiempo en esta tierra de exilio... Sólo después de que te llame a mí, podrá conocer el mundo las palabras que te pedí escribir, y también poner en práctica.

Escrito el 22 de Octubre de 1945

Jesús: No dudes nunca de la veracidad de mis palabras. Escúchame con mucha atención, te lo repito una vez más. Si las palabras que te dirijo aquí no fueran verdaderas, ¿cómo podría dejar que cayera en el error, aunque sea una vez, un alma que me quiere y confía en mí sin reservas?

Escrito el 28 de Octubre de 1945

Jesús: La labor que espero de mi esposa, es que vaya en busca de las almas.

Escrito el 2 de Noviembre de 1945

Jesús: Mi pequeño apóstol... no llores... exteriormente, debo ocultar la belleza de la flor a los ojos del mundo, pues si el mundo conociera su belleza, ¿qué brillo seguiría conservando a mis ojos? Sí, de momento debo mantenerla oculta; sólo más adelante la daré a ver al mundo para que la conozca y la desee. Así, atraerá hacia mí un mayor número de almas.

Escrito el 4 de Noviembre de 1945

Jesús: Guarda entera la confianza en tu director, tanto como en mí mismo, allí encontrarás entonces mi amor.

Escrito el 9 de Noviembre de 1945

Jesús: Florcilla de mi amor, no te olvides del país a que amo más, lo oyes, el país que produjo la primera florcilla y que de ella hizo nacer otras muchas desde entonces. Esta florcilla tiene mucho cariño y mimar a las otras florcillas, y a ella la escogí para ser florcilla mía, tu hermana mayor. Ya sabes quien es esta flor, ¿verdad?. Ahora, sólo quiero llamarte florcilla. Flor mía, mira a aquella florcilla y comprende bien esto: en Francia fue donde se manifestó primero mi amor. ¡Ay! Hijo mío, mientras el río de mi amor corría por Francia y el Universo, la hizo desviar Francia de manera sacrílega hacia el amor del mundo, de modo que va disminuyendo poco a poco... Por eso, es desdichada Francia, pero, hijo mío, Francia sigue siendo el país a quien amo y por

quien tengo particular cariño... En él restableceré mi amor... El castigo que le mandé ya se acabó. Para empezar a derramar en ella mi amor, sólo espero ya una cosa: que se me dirijan bastantes oraciones. Entonces, hijo mío, desde Francia se propagará mi amor por el mundo. Me serviré de Francia para difundir por todas partes el reino de mi amor (ya había manifestado estas cosas a un par de almas, pero tú, hijito mío, aún las ignorabas; por eso te las digo ahora). Pero para ello, hacen falta muchas oraciones, pues numerosos son aún los que no quieren mostrarse celosos por mi causa. Sobre todo, reza por los sacerdotes de Francia, pues por ellos fortaleceré en aquél país el Reino de mi amor...

Hijo mío, reza mucho. Sin la oración, se encontrarán muchos obstáculos penosos de sobrellevar, y sólo difícilmente se realizará el Reino de mi amor.

Hijo mío, una vez liberado el Reino de mi amor en Francia, me serviré de aquel país para difundir este Reino por todo el Universo... Hijo mío, mira, Francia es un país al que amo y estoy particularmente encariñado. Al contemplar la flor, tu hermana mayor, acuérdate de rezar para que el país a que amo y estoy particularmente encariñado tenga el valor de sacrificarse por el Reino de mi amor. En cuanto a tu país, el Vietnam, a decir verdad, Francia es su enemiga en la actualidad; pero en el porvenir, ella hará de él un país que me rinda un testimonio más glorioso. Reza, hijo mío, sí, reza para que Francia siga siempre fiel al amor que le he manifestado en este mundo. Sigue rezando por las intenciones que te encomendó tu Director.

Empieza ahora a contarle lo que te he dado a conocer acerca de Francia, en la fiesta de mi Realeza... cuenta de todos modos, y si te olvidas de algo, te lo recordaré.

Padre, aquel día (fiesta del Cristo Rey en 1945), vi a Jesús sentado, algo inclinado y con la cara triste, con auriculares pegados a los oídos; después se oyeron voces en los idiomas de diversos países, incluso del Vietnam, como lo conté antes. Cuando le tocó a Francia, habló Jesús mucho tiempo, de modo que me lo he olvidado todo y era incapaz de recordar cualquier cosa. Sólo el día en que usted me pidió que rezara por Francia, me volvió a la memoria y Jesús me lo recordó, pidiéndome que le hablara a usted de ello...

Padre, al acabarse las voces, me habló a mí también Jesús. Seguía sentado, con la cabeza inclinada hacia delante, sosteniendo con una mano su barbilla, puesta la otra en el pecho, y con la cara preocupada. Oí de repente en francés una voz de hombre que se dirigía a él con un tono muy insultante (es todo lo que pude comprender). En aquel momento, estaba presente también la Santísima Virgen, sin cesar de mirar a Jesús con cara triste. Oí después, procediendo de otra parte, una voz hablando francés también y que consolaba a Jesús.

Pero, esta voz muy débil era dominada completamente por la voz insultante.

Escrito el 12 de Noviembre de 1945

Jesús: Francia, te amo; y vosotros, los franceses, ¿os dais cuenta de los sentimientos de mi corazón para con vosotros? Ved mis lágrimas que se mezclan con las de un extranjero ocupado en escribir las palabras que le dicto aquí para vosotros.

Escrito el 13 de Noviembre de 1945

Jesús: Hijo mío, te doy el nombre de segunda Teresita. En el Cielo, te daré de misión a ti, pequeña Teresa, ayudar a Teresa, tu hermana mayor, a derramar por el mundo la confianza en mi amor... Con Teresa, sigue cogiendo rosas, numerosísimas rosas, de modo que llenes con ellas mi corazón, y más adelante, en el Cielo, sólo tendrás una ocupación, como Teresa: "Derramar una lluvia de rosas sobre tu país y el mundo entero..."

Escrito el 1° de Enero de 1946

Marcelo: Niño Jesús, ¿Es verdad que las santas te aman con un amor más ardiente que los santos?

Jesús: He aquí una respuesta general que te ayudará a comprender. Al tratarse de las almas, recuerda, Marcelo, que no se trata en absoluto de distinguir entre hombre y mujer; como ya te lo dije, cada alma me ama con un amor distinto. Las que me aman con un amor vigoroso, incluso si no les doy ninguna señal exterior de amor, nunca me abandonan, pues bastante me conocen y siempre están dispuestas a actuar con valor.

Sin embargo, Marcelo, es diferente para las almas débiles como la tuya. Estas almas me aman con un amor de verdad ardiente, pero que carece de constancia, de modo que si, en las dificultades, no se manifestara mi amor por ellas, quizá ya no tuvieran estas almas la fuerza para amarme.

Estoy pues obligado a manifestar mi amor a estas almas débiles; de no ser así, caerían, y una vez caídas, a pesar de todos sus esfuerzos, no se podrían levantar nuevamente.

¿Comprendes, Marcelo? De costumbre, a estas almas es a quienes debo manifestar mi amor; y precisamente por ser débiles me dan mayor gloria, al hacer resplandecer cada día más mi amor. Por esta razón te enseñó tu hermana Teresa a aceptar con gozo tu debilidad; cuanto mayor es tu debilidad, más te sostiene el amor. Y si alguien reconoce su debilidad, para mí no es una razón para abandonarle; pues lo esencial, para mí, es que se me ame con un corazón sincero.

Marcelo: ¿Soy yo, pues, muy débil?

Jesús: Sí, Marcelo, eres muy débil. Nunca vi un alma más débil que la tuya. Sin embargo no te desanimes, ¿verdad? No importa que seas débil; después de entregármelo todo en las manos, ¿por qué tendrías miedo a tu debilidad? Lo que te incumbe es amarme; lo demás va por mi cuenta. En efecto, ¿qué saben hacer los nenitos? Amar es ahora tu única preocupación.

Nota del padre Boucher

En Febrero de 1946, contestando a tres preguntas que le hacía por escrito como a los otros novicios, acerca de la observancia de la regla, del trabajo y de su vocación, dio por escrito el hermano Marcelo las contestaciones siguientes:

- 1- Padre, como lo dio a conocer Teresa del Niño Jesús, Jesús escogió por mí la regla y las constituciones de la C. Ss. R. como si estuvieran hechas a mi medida... No las encuentro pues para nada difíciles.
- 2- En lo que se refiere al trabajo, lo encuentro todo difícil, pero me dijo Jesús: “Acepta por obediencia todos los trabajos que te confíen los superiores. Y después de aceptarlos, déjame que lo haga todo en tu lugar. Basta con que los aceptes”.
- 3- Mi vocación, Padre, a usted le compete opinar sobre ella más que a mí; no me preocupo por ella. Nada más he de contestarle,

Su humilde hijo, MARCELO

Escrito el 30 de Marzo de 1947

Otro día, no recuerdo cual, tuve este sueño. Mientras me encontraba en mi habitación, oí voces gritando:

“¡Un pájaro llevando una carta!” No sabiendo en absoluto cuál era este pájaro que llevaba una carta, salí de mi habitación para verlo. Divisé un pájaro, que sería una paloma, y me puse a seguirle, para observarlo de cerca. En el pico, parecía llevar una rama. Oí de nuevo la gente preguntándose entre sí: “¿No tienen ya los

franceses aviones? ¿Por qué deben valerse de un pájaro para llevar las cartas?”. Pero nadie contestó a esta pregunta. El pájaro seguía volando despacio, mirando para abajo, como si buscara un sitio donde podría posarse. Después, voló un poco más alto, pues oí voces que decían: “Matémoslo”. Siguió volando derechito, pero un ratito después, volvió la cabeza hacia el sitio en donde yo estaba y fue a posarse en el tejado de la casa.

Me acerqué a él para ver. Viendo que me acercaba, el pájaro se puso a volar bajito, como si quisiera invitarme a seguirlo. Llegado a una esquina de la tapia donde no había absolutamente nadie, vi en seguida caer una carta que no llevaba ni señas ni franqueo. Al levantar entonces los ojos, ya no vi al pájaro por ninguna parte; sólo oía una voz diciendo: “Entregue esta carta a los franceses”. Pero en cuanto llegué al sitio donde había caído la carta, divisé a alguien que se quedaba escondido cerca de aquel lugar, como si quisiera apoderarse de la carta. Sin embargo pude tomarla antes que él. Entonces, aquel hombre se lanzó persiguiéndome para quitarme la carta; pero yo la mantenía con los brazos en alto diciendo: “Vamos, esta carta es de los franceses”. Después, Padre, se la entregué...

Eso es pues, todo lo que soñé.

Escrito el 31 de Marzo de 1946

Marcelo: Madre, pienso constantemente en las almas de los niños. Imposible para mí apartar este pensamiento. A mi parecer, si mi Padre del Cielo revelara al mundo cuanto le agrada un alma de niño, posiblemente reconociera el mundo a este niño como Rey del Universo. Si no hubiera niños en el mundo para alegrar la mirada de nuestro verdadero Padre del Cielo, es cierto que no querría bajar la mirada hacia la tierra.

Madre mía, María, suelo pensar mucho en los niños. Son como libros siempre abiertos de los que todos los hombres pueden aprender la conducta que deben tener hacia su verdadero Padre del Cielo.

Madre, ¿cómo puede que comprenda estas cosas? La verdad, ésta es la obra de mi hermana Teresita. María, la misión mía, es ser el apóstol de las almas, y apóstol particular de los niños. Si fuera posible, desearía salir de esta habitación para ir a predicar a los niños, pero mi humilde condición de Fraile en la Congregación del Santísimo Redentor no me permite cumplir de inmediato con esta misión. Sólo más adelante...

Escrito el 5 de Abril de 1946

Marcelo: Niño Jesús, ¿para qué amarte?

Jesús: Marcelo, he aquí una pregunta muy torpe. Ya no quiero que me hagas esta pregunta, ¿sí? A mí sólo se me permite esa pregunta. ¿Para qué amarte, Marcelo? Esto no me da absolutamente nada. Por puro amor debo amarte...

Escrito el 6 de Abril de 1946

Jesús: Marcelo, tu apostolado debe ejercerse cerca de los niños. Quiero que atraigas hacia mí a los niños. Les amo mucho. Cuando juegan al balón, cuando hacen concursos de natación, o se entregan a cualquier juego infantil, estoy presente entre ellos... Marcelo, me gusta todo en los niños: una palabra, una sonrisa, incluso una lágrima que derramen en un momento de tristeza; todo esto me da gusto... Marcelo, reservo a los niños una parte magnífica de mi Amor misericordioso.

Escrito el 13 de Abril de 1946

Marcelo: Ahora, Niño Jesús, ¿permities que te haga una pregunta? ¿Por qué en el evangelio profieres amenazas tan terribles contra los que escandalizan a los niños?

Jesús: Hermanito, ¿no comprendes por qué es así? Voy a explicártelo, ¿sí? La única diferencia que hay entre un alma de los niños y los ángeles del Cielo, es que el alma de los niños está unida a un cuerpo, y por consiguiente tiene defectos naturales. Pero, a pesar de ello, el alma de los niños es pura como los ángeles del Cielo. Pero eso, los niños siempre poseen en sí la Trinidad, y saborean constantemente los gozos naturales que derrama en ellos la Trinidad...

No es necesario hablar largo rato sobre este tema; me contento con decir que el alma de los niños es un templo perfectamente puro donde vive la Santísima Trinidad.

Por eso, quien escandalice a uno de estos pequeños da él mismo una señal al demonio, invitándole a que venga más adelante con el pecado a mancillar el alma de este niño. Quien actúa así, quita a la Trinidad un templo magnífico; quita a los santos una morada donde podrían alabar a la Trinidad; expone el alma de este niño a perder su inocencia.

Escrito el 18 de Abril de 1946

Marcelo: A propósito, Niño Jesús, has dicho hace un ratito que mi voluntad ya estaba en ti. Así pues, en adelante, ya no quiero sufrir. ¿Qué contestas a esto?

Jesús: Bien. No querer sufrir, es muy fácil. Pero desgraciadamente, tu voluntad ya no te pertenece; el único derecho que te queda, es servirte de mi voluntad, como yo mismo tengo el derecho de servirme de la tuya. Dices que ya no quieres sufrir; al hablar así, ya te sirves de mi voluntad, puesto que nunca quiero verte sufrir. Pero, por otra parte, dado que quieres probarme tu amor, entonces es necesario que sufras... ¡Oh! Hermanito, es imposible para ti escapar al Amor. Por eso ya te he dicho antes: “Sólo por amor debo permitir que padezcas el sufrimiento”.

Ya que el amor se apoderó de ti y ya te envolvió, ahora sólo has de dejar al amor toda libertad en su trato contigo. Sólo soy uno contigo, Marcelo, como tú eres uno solo conmigo; y descansamos juntos en los brazos de María.

BOLETÍN N° 7: EL SANTO PADRE

La introducción de Monseñor Vicente Tran Noc nos ha presentado la vocación particular de Francia, “primogénita de la Iglesia”, y nos ha recordado la gran amistad de Juan Pablo II por la Francia misionera... ¡que ha evangelizado hasta los confines del mundo!

El Cardenal Pacelli (quien será más tarde Pío XII) nos permite leer en la memoria de los Papas, este mismo reconocimiento de la vocación única de Francia.

En 1937, mientras preside como Secretario de Estado del Congreso Eucarístico de Lisieux, confía:

“Mientras celebraba en nombre del Soberano Pontífice la inauguración de la Basílica erigida en honor a santa Teresa del Niño Jesús, una emoción indescriptible me iba llenando el corazón, con una suavidad tan penetrante que no veía sin añoranza acercarse el momento de alejarme de Lisieux, donde acababa de vivir estas

horas inolvidables y completamente celestiales...” Y en París, añade: “Pero encontrándome hoy en esta capital de la gran nación, en el mismo corazón de esta patria... duplica aún mi emoción... ¡Cómo expresar, hermanos míos, cuánto evoca siquiera en mi alma, así como en el alma de todo católico, incluso si cabe mencionar, en toda alma recta y totalmente cultivada, el nombre de Nuestra Señora de París! Pues esta es la misma alma de Francia, el alma de la hija primogénita de la Iglesia, la que habla a mi alma... ¡Alma de la Francia de hoy;... Alma de la Francia de antaño cuya voz data de un pasado catorce veces secular! ¡Voz de Clodoveo y Clotilde, voz de Carlomagno, voz de san Luis sobre todo! ¡Sus recuerdos, sus nombres... al mismo tiempo que proclaman la valentía y la virtud de vuestros ante pasados, jalonan como una ruta triunfal la historia de una Francia que adelanta, pero a pesar de todo, de una Francia que no muere!...”

Al pensar en el pasado, en la misión, en los deberes presentes de Francia, en el papel que Francia puede y debe desempeñar para el porvenir, en una palabra en su vocación... Entonces, ¡ojalá gritara a todos los hijos e hijas de Francia: Sed fieles a vuestra vocación!”

Carta infantil dirigida al Papa Pío XII por una pequeña alma dada por entero a Jesús

Monasterio de Redentoristas, Thai Ha Ap. (Hanoi) el 2 de Marzo de 1947

Querido Pío XII mío,

Con motivo de la próxima salida para Roma de uno de nuestros padres, quien va a presenciar el Capítulo general de nuestra Congregación, permítame que le escriba para manifestarle mi amor filial.

Muy Santo Padre, estoy seguro de que le darán ganas de reír al leer lo que voy a escribir en esta carta; por eso me permito aconsejarle que la lea en un momento de recreo, para que le ayude a relajarse mejor. No quiero que su secretario lea esta carta, pues no tiene ninguna importancia, y si la leyera, seguro no comprendería lo que digo, pues le expreso los sentimientos de mi corazón.

Muy Santo Padre, antes de escribirle, lo dudaba mucho, temiendo no poder escribir de un modo comprensible; pero le pedí al Niño Jesús que me ayudara, y en el acto, sabía naturalmente en mi corazón lo que debía escribirle. Como un niño que habla a su padre, le digo pues: Muy Santo Padre, le quiero mucho; y porque le quiero, ya no temo darle a conocer este amor. Aunque esta carta es la primera que le escribo, sin embargo me atrevo a expresarle los sentimientos de mi corazón, pues sé que soy su hijo y que usted es a quien colocó Jesús en esta tierra para ser mi padre en su lugar. Permita ahora que le exprese el deseo de mi corazón.

Muy Santo Padre, anhelo ser su pequeño secretario. Esta es una cosa en la que nunca había pensado antes de que le pidiera al Niño Jesús que me ayudase a escribirle. Antes, sólo me gustaba decirme el pequeño secretario de Jesús; pero desde hace una semana, es decir, desde que pedí al Niño Jesús que me ayudara a escribirle a usted, ya no me gusta llamarme así; mi deseo es que me acepte para ser su pequeño secretario. Al pensar que el Niño Jesús ya tiene a varios secretarios, ya no me gusta ser su secretario; tanto más cuanto que ahora, dado que Jesús y yo, ya sólo somos uno, no es necesario que sea su secretario.

Muy Santo Padre, ¿consiente usted en aceptarme de pequeño secretario? Lo consiente, ¿verdad? Si logro ser su pequeño secretario, cuando le hable al Niño Jesús me llamaré en broma “pequeño secretario de Pío”. De ello seguro sacaré muchas ventajas, pues mi trato con Jesús es muy dinámico. El otro día, por ejemplo, ya no tenía arroz esta comunidad, sino sólo para unos cuantos días, y carecía por completo de carne... Me dijo el Padre Rector que lo recordara al Niño Jesús. Y Él me lo otorgó en el acto. No ha sufrido hambre la comunidad ni en una sola comida; tenía lo suficiente. Hay además otros muchos hechos que prueban que el Niño Jesús no puede negarme ningún favor.

Y pienso que para ser su pequeño secretario, no necesito ser muy hábil; bastaría con que le ayudase en los siguientes asuntos: cuando piense en usted, muy Santo Padre, le ofreceré a Jesús; le ofreceré también todas sus voluntades y sus decisiones; le ofreceré igualmente sus obras presentes y futuras, emprendidas por Jesús, y bastará. Muy Santo Padre, acépteme de pequeño secretario, ¿sí?

Muy Santo Padre, si me acepta de pequeño secretario, sacaré de ello muchas ventajas seguramente... Además, si después de aceptarme por su pequeño secretario, sube al Cielo antes que yo, podrá seguir confiándome las obras que quiere hacer o decidió hacer, para que yo se las confía el Niño Jesús. Pero si subo al Cielo antes que usted, deberé estarle constantemente a su lado para ayudarle, pues seré su pequeño secretario. ¿Verdad, muy Santo Padre, que de ello sacaré grandes ventajas?... Lo consiente, ¿verdad?

Muy Santo Padre, le quiero mucho. Quiero subir al Cielo antes que usted para ayudarle. Al quedarme en este mundo, sólo puedo ayudarle con mis oraciones. De todos modos, le quiero siempre, pues me es muy querido.

¡Ah! Muy Santo Padre, ya no sé que más decirle; ni siquiera sé qué favor pedirle. Así basta, le pido que me bendiga.

Su nenito J. M. T. Marcelo, C. Ss. R.

BOLETÍN N° 8: VAN Y LA VOCACIÓN RELIGIOSA

VAN religioso, auxiliar de los sacerdotes

Al evocar sus estancias en la casa rectoral de Huu Bang, entre 1935 y 1944, escribe el hermano Marcelo en su autobiografía:

Hoy día, yo no soy sacerdote ni lo seré nunca; sin embargo no es seguro que entre los sacerdotes ordenados haya muchos que comprendan su dignidad como yo mismo lo comprendo. Por eso Dios debía atribuirme el papel de colaborador de los sacerdotes, en vez del sacerdocio. Hablo así según el pensamiento de Teresita. En realidad, Dios también me ha hecho comprender que la misión de orar por los sacerdotes es muy importante. Pues una vez que el sacerdote se pierde, el mundo puede caer en un estado infinitamente lamentable. Por consiguiente, todos los días rezaba [226] especialmente por mi párroco. Le ofrecía al Señor todos mis trabajos e insultos que aguantaba, a fin de que Dios le concediera la gracia de la conversión. Además, suplicaba insistentemente a la Virgen que hiciera todo para ayudarme a huir de este lugar sospechoso. Por haber sufrido mucho de parte del cura, muchas veces bajo el efecto del enojo, me sentía tentado a ceder a la cólera y echarle en cara todo el mal que había constatado en él con mis propios ojos. Pero en aquellos momentos difíciles, es como si mi madre María hubiera estado allí para consolarme y tranquilizarme. Sentía en mi alma una gracia de fuerza que apagaba totalmente el fuego de la ira. Me decía a mí mismo: «Basta, ¿para qué hablar? Debo soportarlo todo para que su dignidad de sacerdote quede salvaguardada y produzca fruto en las almas. Si, a causa de una palabra, su autoridad hubiera sido despreciada, sería mejor pedir a Dios que aniquilase el mundo. Entonces, ¿cómo podría aún desear estar en busca de las almas para llevarlas a Dios?»

RECEMOS CON EL
HERMANO MARCELO

BOLETÍN N° 5:

Niño Jesús, escucha, voy a cantarte algo. Ya que no me das ningún beso, voy a cantarte, ¿sí? Y va a cantar también conmigo mi hermana Teresa. Será muy hermoso, verás, y no podrás contener la risa.

“Jesús, te amo, te amo
Jesús mío, te amo, te amo.
Jesús, te amo con todo mi corazón.
Jesús, te amo con todo mi espíritu.
Jesús, da oídos a mi canto.
Te amo, te amo, te amo.
Jesús, ríete muy fuerte, ¿sí?
Estoy loco de amor por ti, Jesús.
Sí, mi corazón está embriagado de amor.
Quisiera gritar sin fin: te amo, te amo;
Jesús, escúchame repetirte:
Quiero amarte, amarte siempre.
Jesús, incluso si me dieras mil vidas,
no dejaría de gritar: te amo, te amo.
... Pero, ¿quién es aquél a quien amo, para amarle tanto?
Es alguien de verdad digno de ser amado.
Vamos, Jesús, dame un beso.
No dejo de decir: Jesús, te amo,
tienes que darme un beso.
Ya se acabó mi canto... embriagado de amor por ti, Jesús.
Jesús amor de mi corazón,
aquí acaba mi canto, pero no mi amor”.

BOLETÍN N° 6:

María, Madre Mía, quisiera hablarte, pero no sé en absoluto cómo expresarme. Lo que puedo decir, usando una nueva forma de hablar, es que convierto los sufrimientos en cruces.

Sí, Madre, los sufrimientos son cruces, y las cruces son rosas. Desde algún tiempo, me parece que no me deja la cruz ni un minuto; siempre está ahí, a mi lado. Adonde quiera que mire, sólo veo cruces, nada más que cruces...

María, estas cruces, las acepto todas. Bien sé que poseo un talento particular que agrada muchísimo a Jesús: consiste en recibir todas las cruces, y una vez en mis manos, en arrojarlas al aire donde se convierten en rosas... Sé también desde siempre que a Jesús le gustan muchas las flores; y cuando ve que tengo el talento de cambiar las cruces en rosas, parece que se olvidara incluso de mis penas y fatigas para mandarme continuamente cruces...

Jesús, te consuela y te alegra mucho, ¿verdad? Pues con todo mi corazón me sacrifico para proporcionarte este gusto.

BOLETÍN N° 7

Teresa: Querido hermanito mío, te encomiendo esto si quieres a Francia, siempre que reces, a tocar el reloj la hora y cuarto, añade conmigo esta oración: “Jesús, consagramos Francia a tu amor”. Pide a tu director que te mande decirla en francés, es más hermoso.

Marcelo: Hermanita mía Teresa, ¿por qué has llorado tanto ayer?

Teresa: Querido hermanito mío... soy una florcilla que se abrió en el país de Francia. Ahora bien, al ver a mi país sumido en la desdicha, ¿cómo podría fingir desinterés por él? Sí, lloro por Francia, pues Jesús le sigue amando aún, y sin Francia no me tendrías a mí de hermana mayor... Reza por Francia, hermanito, reza para que se vuelva como la Madre del Reino del amor por todo el mundo... Te encomiendo también otra cosa: la oración que te aconsejé que dijeras conmigo, pide a tu director que la mande decir también a las Carmelitas, en todos los sitios donde tienen monasterios, y que la digan también los sacerdotes...

Marcelo: Jesús, bien amado mío, te amo mucho. Me pides que rece por Francia. Jesús, si lo consiente mi director, todos los días, después de cada comunión a tu Cuerpo y tu Sangre, después de cada comunión espiritual y cada oración, diré esta plegaria: Jesús, Rey de amor, dignate unir sólidamente a Francia y al Vietnam por el vínculo de una caridad que dure para siempre. Amor de Jesús, que venga tu Reino a Francia y al humilde país del Vietnam.

Jesús: Nenito de mi amor, escucha, voy a dictarte una oración, y esta oración, quiero que los franceses me la digan... “Señor Jesús, ten compasión de Francia, dignate abrazarla con tu amor y enseñarle toda tu ternura. Haz que, llena de amor por ti, contribuya en hacerte amar por todas las naciones del mundo. Amor de Jesús, aquí nos comprometemos a permanecerte fieles para siempre jamás, y a obrar con un corazón ardiente para propagar tu Reino por todo el Universo. Amén”.

Marcelo, ¿quieres llamarme en Francés? Déjame que te enseñe una fórmula muy fácil que suele repetirme tu hermana Teresa todo el día. Escribe:

“Niño Jesús, ven conmigo”.

“Niño Jesús, ven a Francia”.

“Niño Jesús, ven con los sacerdotes de Francia”.

¿Lo comprendes, Marcelo? Dirás estas invocaciones con tu hermana Teresa. Ella ya está muy acostumbrada. Y yo, al oír este llamado, me apresuraré a acudir a ti sin demora, seguro de encontrarme al mismo tiempo con tu hermana Teresa.

BOLETÍN N° 8:

Madre mía, María, pienso esta noche en mi madre de la tierra, madre inmejorable, por la que siento en mi corazón un profundo agradecimiento. La quiero a esta madre, e intuyo que aguanta ahora grandes dolores. Me ha querido esta santa mamá con un cariño de verdad santo, y cuanto mayor era su santidad, más ardoroso también era su amor por mí. Ahora, siento mucha piedad por ella, ¡Madre!

Desde mi niñez, se ha ocupado en todo de mí. Ahora, cuando está entrada en años y necesitaría que la cuidase, me ofreció al Señor. Mi hermanita Tê está a punto de salir para el Canadá. Ya lo sabe mi madre, está orgullosa de decir el “fiat” como ya lo hiciste tú en otros tiempos, al contestar a la palabra del ángel.

María, Madre Santísima, mis padres ya entran cada día más en años, sus fuerzas van disminuyendo, su vida en la tierra ha llegado a ser como una hoja desprendida a medias, en la soledad y la esterilidad.

Madre, se me aprieta el corazón frente a la situación de mi padre y mi madre, ya mayores, y que deben vivir solos en la miseria y la indigencia. No sé cómo medir su dolor en la desdicha, al ver sus canas, sus quijadas desdentadas, mientras que sus ojos ya sólo pueden ver una casa abandonada, con las ventanas rotas y los muros inclinados, mientras que todos sus hijos, ya mayores, les dejaron para seguir el camino abierto por Dios...

¡Madre! Ahora sólo puedo inclinar la cabeza sobre tu corazón, ofrecerte mis lágrimas ardientes y decirte estas pobres palabras.

Si te pertenezco, Madre, fue gracias a los sacrificios enormes que se impusieron mis padres. Te pido, pues, que estés tu misma en mi lugar junto a mis padres. Estando lejos de ellos como lo estoy, no puedo comprender la situación de mi familia; permite sin embargo que te la confíe, echa en ella tu cariñosa mirada espiritual y protégela. La vida es un momento que pasa. Espero que pronto tengamos el gozo de estar unidos contigo en la estancia de la felicidad, con la familia que fue para nosotros el cariñoso nido hacia el que seguimos estando fuertemente atraídos.

MEDITEMOS CON EL
HERMANO MARCELO

Se acaba el año de 1996.

Los cuatro boletines difundidos durante este año nos han permitido seguir a Van encontrándose de modo determinante con Teresa, al pie de las colinas de Quang-Uyên, en Octubre de 1942.

Al evocar su niñez feliz en Nfiám-Giao, escribe:

Más tarde, cuando haya experimentado la miseria, cuando haya pasado por el crisol del sufrimiento, ahí aquella rosa del Amor se mostrará a mí, vendrá a mi encuentro, me dará a conocer mi destino. También me enseñará que el sacrificio es el testimonio más evidente del verdadero amor; lo que quiere decir que si amamos a Dios con todo el corazón, hay que aceptar su voluntad con alegría. Pero esa voluntad de Dios es muy misteriosa; no trae sólo alegrías, y pero tampoco trae siempre tristezas. Al vivir muchos sufrimientos, Teresa ha sido santa.

En Quang-Uyên, en Octubre de 1942

“Para mí, será Teresa mi hermana”

Al pronunciar estas palabras, mi alma estuvo invadida por un tal movimiento interior de felicidad que me quedé estupefacto e incapaz de reaccionar ante ningún pensamiento mío. Estaba totalmente bajo el dominio de una fuerza sobrenatural que inundaba mi alma de una alegría indecible. Esta fuerza me impulsaba a irme al pie de la montaña.

Impulsado por una fuerza espiritual que me guiaba, corrí al pie de la montaña, el alma rebosante de una alegría que no podía expresar sino por cantos más variados y miles de saltos infantiles... Saltaba de roca en roca, de césped en césped, gritando mi gozo lanzando en el aire todos los cantos que conocía de memoria en vietnamita, en Thô, en Francés y Chino. ¡OH! Como expresar con palabras humanas el gozo inmenso que disfrutaba en este momento.

Jadeante, como sin aliento, me senté sobre una roca, ambos brazos por atrás para dilatarme el pecho y respirar más cómodamente; mis piernas abrazadas ya no tenían fuerzas para moverse. A pesar de eso, de vez en cuando, hacía un esfuerzo más con la garganta para cantar una palabra a toda voz...

Y a partir de este momento, me quedé sentado, contemplando en silencio el espectáculo de la naturaleza que se despierta bajo los rayos suaves del sol naciente en el horizonte. Siempre me volvía la misma pregunta: [589] « ¿Por qué estoy tan alegre, y como alguien que ha perdido la cabeza? » De repente, me estremecí; escuché una voz que me llamaba por mi nombre: « ¡Van, Van, mi querido hermanito! ». ¿Alguien me está llamando? Luego, miré alrededor para ver si realmente había alguien que me llamaba. Recuerdo que la voz parecía venir de mi derecha. Intrigado, me reía interiormente, convencido de que había alguien... En efecto, oía claramente que era la voz de una mujer.

Aún bajo el peso de la estupefacción, escuché la misma voz de nuevo, suave como la brisa que pasa y que me llamaba: « ¡Van, mi querido hermanito! ».

Estaba estupefacto y casi turbado, pero me quedé tranquilo como de costumbre y adiviné en seguida que esa voz, que me llamaba, era una voz sobrenatural. Entonces, di un grito de alegría: « ¡OH, es mi hermana santa Teresita!... ».

La respuesta no se hizo esperar: « Sí, es tu hermana Teresita quien está aquí. Apenas había escuchado tu voz, entendí totalmente tu corazón cándido y puro. [590] Acabo de responder a tus palabras que tuvieron un eco en mi corazón. ¡Hermanito! Desde ahora serás personalmente mi pequeño hermano, como tú mismo me elegiste para ser personalmente tu hermana mayor.

A partir de este día, ya nuestras dos almas no estarán separadas por ningún obstáculo, como lo estaban antes; ya están unidas en el Amor de Dios. Desde ahora te comunicaré todos los hermosos pensamientos sobre el amor, todo lo que ocurrió en mi vida y me fue transformando en el Amor infinito de Dios.

¿ Sabes porqué nos encontramos hoy día? Dios mismo, es quien nos facilitó este encuentro. Quiere que las lecciones de Amor, que me enseñó en el secreto de mi alma, se perpetúen en ese mundo; por eso se dignó elegirte como su pequeño secretario para ejecutar el trabajo que desea confiarte. Pero antes de esa elección, quiso este encuentro para que conocieras tu hermosa misión por medio de mí. Van, mi hermano, así como me consideras como una santa según tu deseo, del mismo modo eres para mí realmente un alma totalmente según mi deseo.

Dios me ha permitido conocerte desde un largo tiempo, es decir antes que existieras todavía. Tu vida apareció en la mirada misteriosa de la Divinidad, y yo, te vi en la luz procediendo de aquella mirada misteriosa. Te vi, y Dios me confió que te cuidara como el Ángel custodio de tu vida. Estaba contigo, siguiéndote paso a paso, como una madre al lado de su hijo. Grande era mi alegría cuando veía en tu alma

puntos de semejanza perfecta con la mía, y una concepción del Amor que no diferenciaba de la mía en nada. Eso es un efecto del Amor Divino, quien lo dispuso así en su sabiduría.

Ya no has de lamentarte pues, ya que Teresita siempre fue tu Teresita, y que tú, Van, has sido igualmente el hermanito de Teresita, desde el momento en que existimos ambos en el pensamiento de Dios. El ardor de tus deseos, hasta el día de hoy, ha llevado a Dios a conducirte a la verdad. Siente una gran alegría al ver que no buscas sino seguirlo y conocer las maneras de agradecerle. Trata de concebir si puede haber para un padre una alegría comparable con la de ver a su hijito seguirlo a todas partes, ofrecerle todo lo que puede recoger, y por fin dejarle toda libertad de llevarlo en sus brazos y acariciarlo según su voluntad. Sí, trata de imaginar con qué amor [593] este niño será amado por su padre.

Tu alma es este niño que recién describí. Has corrido siguiendo a Jesús, sin buscar otra cosa más que agradecerle. Es precisamente en eso que consiste la santidad.

Esta santidad, la has practicado hasta el día de hoy, pero sin realmente comprender su verdadera naturaleza. Gracias a la sinceridad de tu corazón, este error no es voluntario en ti; provenía únicamente de una falta de dirección. Entonces, lejos de perjudicarte, este error ha sido para ti una ocasión de progreso en la santidad, ya que has sufrido mucho por eso. En adelante, ya no habrás de temer esta concepción equivocada de la santidad, pues una vez trasformada por el Amor divino, verás claramente que la santidad consiste únicamente en no hacer sino uno con la voluntad de Dios. Pero esta unidad es la obra del Amor divino; en cuanto a ti, no debes sino amar [594] y entregarte totalmente a la acción de este Amor, y serás perfecto.

BOLETÍN N° 6

Más tarde, tendré muchas oportunidades para volver sobre este tema; pero ahora, quiero hacerte comprender un poco el amor del Padre.

Bueno, Van, ¿ya has oído decir que Dios es tu padre?

— Jamás, hermana. Cuando era pequeño, oí a mi madre enseñarme muchas cosas sobre Dios y la perfección; pero durante mi temporada en Huu-Bàng, emplearon miles de tormentos crueles para despojarme de todos mis hermosos pensamientos...

Me puse a llorar.

— Van, querido hermanito mío, no llores demasiado rápido. Dices que seres inhumanos, con miles de tormentos, te despojaron de tus hermosos pensamientos. En realidad no es así, pues la gracia de Dios tiene efectos indestructibles, como Dios mismo. En consecuencia, incluso los condenados que se queman en el infierno son incapaces de destruir los efectos del amor que Dios ha dejado en su corazón, y eso es su mayor tormento. Hermanito, recuerda ahora para ver si en estos días, perdiste confianza en Dios. [595] ¿Nunca te atreviste a pensar que Dios fuese digno de odio, que mereciera ser expulsado de tu corazón? O sea para hablar de manera más clara, ¿nunca aprobaste como buenos los actos de esos seres inhumanos?

— No. Nunca les he aprobado con una manera tan insensata. Nunca tampoco he perdido la confianza en Dios, pues si hubiera abandonado a Dios, a quién habría podido seguir? También me era penoso darme cuenta de que en mi relación con Dios, había como un velo que me separaba de él.

— Sin duda alguna, tu respuesta prueba que tu corazón siempre ha sido fiel a Dios, que cumpliste perfectamente tu deber de niño, considerándolo siempre como tu Padre y tu divino Maestro. En consecuencia, las crueldades de esos seres inhumanos para contigo no deben ser consideradas sino como

un velo o una capa de polvo cubriendo tus hermosos pensamientos, que les era imposible sacar. Y gracias a tu sinceridad, esta capa de polvo ya ha sido completamente quitada.

Ahora, hermanito, te voy a hablar del corazón del Padre.

Escúchame bien. [596] Dios es nuestro Padre. ¿Qué te dicen estas palabras? Naturalmente, hacen nacer en tu alma sentimientos de profundo afecto, ¿verdad?

—Sí, hermana, es cierto. Prefiero llamar a Dios Padre en vez de Señor.

— Aunque sea siempre Señor, actúa con nosotros únicamente como un padre con su hijo. En cuanto a su majestad divina, no la manifiesta sino con los soberbios que se resisten a sus mandamientos; quiero decir que Dios está obligado a mostrar su majestad solamente con aquellos que no aman sus sentimientos de Padre.

Hermanito, escucha, yo sigo. Dios pues, es Padre, y este Padre es Amor.

Es de una belleza y condescendencia infinitas. Sólo lo infinito es capaz de dar sentido real al nombre de Padre dado al Dios Trino. ¡Solamente contemplando las criaturas materiales de este mundo, solamente mirando a tu alrededor y en ti mismo, puedes reconocer cuán bueno es Dios y cuánto nos ama!

[597] Desde el día en que nuestros primeros padres pecaron, Dios ha debido hacer su ira e infligir un castigo a la humanidad. Y desde entonces, el temor se ha apoderado del pobre corazón humano, lo ha hecho temblar y le ha arrebatado la idea de un Dios Padre infinitamente bueno. Y sin embargo, aun así, Dios actuaba para la humanidad ingrata con sentimientos de Padre. Pues, si hubiera hecho sentir su majestad divina en este instante, ¿cómo la humanidad habría podido subsistir hasta ahora? ¿Entiendes, hermanito?

Apenas Dios anunció el castigo a nuestros primeros padres, les prometió una fuente de esperanza: enviaría a su Hijo a hacerse hombre sobre la tierra para devolver a la humanidad la gracia perdida por nuestros padres. Tras tal muestra de amor, ¿qué más podía hacer? Y sin embargo aun a partir de ese día, nadie se atrevió más a dar a Dios el nombre de Padre. Sólo tras la Encarnación del Verbo, Jesús, salvador del mundo, ha dado a Dios el nombre de Padre, y ha enseñado al mundo a utilizar este nombre para rezar al Dios Altísimo.

Van, mi querido hermanito, lo ves, Dios es nuestro Padre. Pero porque el hombre, pobre pecador, dominado por el temor, ya no se atrevía a dar a Dios [598] el nombre de Padre, Dios mismo se rebajó haciéndose hombre, para recordar a sus hermanos los hombres la existencia de una fuente de gracia que el Amor del Padre había hecho brotar y que seguirá brotando eternamente.

Luego, con su propia boca, nos enseñó a darle el nombre de Padre.

Sí, Dios es nuestro Padre, nuestro genuino Padre, Padre bien real, y no padre adoptivo tal como lo describen muchos oradores famosos que afirman: «Sólo Jesús es el genuino Hijo de Dios; en cuanto a nosotros, no somos sino hijos adoptivos». Hermanito, no prestes atención a las comparaciones que ellos presentan para probar su afirmación. Pues, aunque sus dichos sean razonables, solamente se apoyan sobre la razón humana, sin remontarse hasta la razón última que es el Amor de Dios. El ser hijos de Dios constituye para nosotros un gozo incomparable.

¡Dios es nuestro Padre amado!

¡Oh querido hermanito! Quisiera recordarte sin cesar este nombre tan dulce. De ahora en adelante, te pido que guardes el recuerdo habitual [599] del nombre de “Amor” y que nunca adoptes con una cara inquieta o una actitud temerosa en presencia de este amor infinitamente paternal. Sí, recuerda siempre que Dios es Padre, que

te ha colmado de gracias, que nunca ha negado responder a tus más mínimos deseos, y que muchas veces te ha atendido más allá de los mismos. Realmente, todos proclaman la bondad y el poder de Dios; y este poder lo usa solamente para manifestar la bondad de su corazón para con las creaturas.

No tengas nunca miedo de Dios. Es el Padre del Amor. Sólo sabe amar y desear ser amado. Tiene sed de nuestros pobres corazoncitos, salidos de sus propias manos creadoras y en las que ha depositado una chispa de amor procedente de la hoguera misma de su Amor. Su único deseo es recoger estas chispas de amor y unir las a su Amor infinito, a fin de que nuestro amor permanezca siempre en el suyo.

Por último, es aún la fuerza de atracción del Amor que no atraerá a la eterna patria del Amor. Ofrecele a Dios todo tu corazoncito. [600] Sé sincero con él en todo momento y en todas tus actitudes. Cuando sientes alegría, ofrecele esa alegría que dilata tu corazón y, a través de eso, le comunicarás tu alegría. ¿Puede haber gozo comparable al de amarse mutuamente y comunicarse todo lo que se posee? Actuar así con Dios es darle un agradecimiento que le agrada más que millares de cánticos conmovedores. Al contrario, si estás hundido en la tristeza, dile aun con corazón sincero: «¡Oh, Dios mío, estoy muy triste!». Y pídele que te ayude a aceptar esta tristeza con paciencia. Convéncete de eso: nada agrada más a Dios que ver sobre esta tierra un corazón que lo ama, que es sincero con él, en cada paso, cada suspiro, también en las lágrimas y los pequeños placeres de un instante.

Ahora, hermanito, tal vez haya una cosa que todavía temas; ten paciencia en escucharme para ejercitarte, y tomarás la costumbre. Cuando hablas con Dios, hazlo con toda sinceridad, como si hablaras con los que te rodean. Puedes contarle todo lo que quieras; [601] hablarle del juego de bolitas, de la ascensión a una montaña, de las bromas de tus compañeros; si te enojas contra alguien, díselo también a Dios con toda sinceridad. A Dios le encanta escuchar, mas bien, tiene sed de oír las pequeñas historias que la gente es demasiado avara como para compartir con él. Pueden sacrificar horas contando historias graciosas a sus amigos, pero cuando se trata de Dios, que tiene sed de oír semejantes historias a punto de poder derramar lágrimas, no halla a nadie para contárselas. En adelante, hermanito, no seas egoísta con Dios acerca de tus historias, ¿verdad?

Teresita se reía.

— Pero, santa hermana, Dios ya sabe absolutamente todas esas cosas; ¿qué necesidad tiene de que se las contemos?

—Es cierto, hermanito, Dios sabe todo perfectamente. En la eternidad, todo está presente a sus ojos. Desde toda la eternidad también Dios conoce absolutamente todo eso, sin que nadie necesite hablárselo. Sin embargo, para “dar” amor y “recibir” amor, ha de bajarse al nivel de un hombre como tú; y lo hace como si se olvidara por completo que es Dios y que lo sabe todo, con la esperanza de oír una palabra íntima que brote de tu corazón. Dios actúa así porque te ama; con eso quiere [602] colmarte de gracias preciosas, comunicarte los buenos deseos y todas las delicias que se disfrutan en su Amor.

¿Has comprendido, hermanito? Dios es nuestro Padre amoroso. Como su designio es manifestarnos su Amor y acoger el amor que nosotros le ofrecemos, ha querido rebajarse a sí mismo hasta nosotros. La única dificultad, ante la cual Dios parece impotente, es nuestra falta de amor y confianza en él. Se ve rechazado de manera injusta, y sin embargo, Él no nos rechaza jamás.

[603] Hermanito, para consolar a Dios, sigue mi consejo. No seas nunca avaro con las cosas que acabo de hablarte. Sé siempre dispuesto a ofrecer tu corazón, tus pensamientos y tus actos. Dios les acogerá y será para él un nuevo paraíso donde la Trinidad encuentre sus delicias. Recuerda eso: aunque Dios, nuestro Padre Celestial, nunca desprecia las cositas; se agrada con las cosas aparentemente insignificantes como con los espectáculos más grandiosos, pues todo eso es la obra maravillosa de su Amor. Además, para afirmar que haya amor, debe haber unidad. La unidad entre dos amores exige de ambos lados conocimiento personal y comprensión mutua.

De su lado, Dios, nuestro Padre amado, se conoce personalmente y nos comprende a fondo. En cuanto a nosotros, lo necesitamos para lograr conocernos a nosotros mismos y comprenderlo. En consecuencia, si no quieres colaborar con él en la obra que conduce a la unidad, comunicándole todas tus intenciones, palabras, acciones... nunca podrías conseguir la unidad. [604] Hermanito, trata de pensar, para ver. No hay ninguna exageración en mis palabras. Te amo, porque eres un alma que hace parte conmigo del Amor. Como eres mi hermanito, mi único deseo es verte cumplir las obras que el Amor divino desea tan ardientemente de ti. Bueno, hermanito, escúchame. En adelante, en tus relaciones con tu Padre celestial no dejes de seguir mis consejos.

Ahora, se hace tarde. Permíteme que interrumpa aquí nuestra conversación. Pues ya es la hora del almuerzo; Tam y Hiên te esperan, y Tam se impacienta. Te doy un beso... Tendremos aun muchas oportunidades de hablar juntos, y podremos hacerlo en cualquier lugar, sin temer que alguien lo sepa.

* * *

Teresa cesó de hablar. Estaba como quien sale de un sueño, medio inquieto, medio feliz. Y cuando Teresa me dijo: «Te doy un beso», sentí de pronto como una suave brisa que me acarició el rostro y fui invadido por una alegría tal que perdí por un instante el conocimiento. De aquella alegría suave, aún me queda hoy algo, [605] pero no sé con qué compararlo...

La entrevista con Teresita había durado horas. Se expresaba muy bien, pero había muchas palabras que no comprendía todavía. Por eso, cuando yo le pedía, debía interrumpirse muchas veces para explicarme claramente el sentido de cada frase [608]. Además, Padre, se ha dado cuenta que soy bastante razonable. Sobre muchos puntos, pienso que Teresita hubiera tenido razón de enojarse, pues yo cesaba de razonar en voz alta. Pero ¿cómo se habría enojado contra este hermanito indócil, sabiendo muy bien que su obstinación se limitaba al tiempo de la discusión?; sin embargo una vez que lo había entendido, era terminado, y habría sido dispuesto a defender el punto en cuestión, incluso a costa de su vida. Teresita habló mucho tiempo y no puedo más que resumir, como lo he hecho, todo lo que ella me dijo. Y aunque esa última redacción tal vez no concuerde con las precedentes, sin embargo las demás expresadas son las mismas. Si usted se da cuenta de diferencias, es que cada vez que escribo, me acuerdo de tal frase o tal otra; y así ocurre que, al recordar una frase, me olvido de otra. Espero pues que usted preste más atención a las ideas que a las palabras.

BOLETÍN N° 7: EL SANTO PADRE

Una vez me habló del Santo Padre y me pidió rezar por Él. Le respondí:

—¿Cómo? ¿el Santo Padre también necesita mis oraciones?

—¿Por qué no? Sufre mucho, hermanito. La Santa Iglesia es el cuerpo místico de Divino Redentor. El Santo Padre tiene el lugar de Jesús para dirigir la Iglesia entera en esta tierra, o para ser más exacto, es la presencia de Jesús, es Jesús presente. ¡Cuántos sufrimientos soporta hoy la Santa Iglesia! Se puede comparar a la agonía que el Salvador Jesús tuvo que padecer antaño en la cruz. Sí, la Santa Iglesia sufre, y sus sufrimientos torturan cruelmente el corazón de nuestro Padre común. [613] Y ya que Él sigue siendo hombre como tú, necesita una fuerza sobrenatural para sostenerlo en medio de todas sus penas. Reza mucho por Él, a fin de que tenga el coraje de soportar todas las pruebas que le impliquen los agentes de Satán con su crueldad. El cuerpo místico de Cristo está cruelmente rasgado. Pero ¡hay de Él! en toda la humanidad, el Santo Padre es actualmente el que más sufre, pues es Padre. Sí, el Santo Padre necesita sacrificios y oraciones. ¡Hermanito! ¡Mi querido hermanito! quien dio amor a Dios y a la vez no piensa en el Santo Padre, no tiene más que un amor

frívolo que le falta solidez todavía. Para cumplir perfectamente tu deber de niño amado de Dios, debes todos los días, en unión con el Santo Padre, ofrecer al divino Redentor todos los sufrimientos de la Santa Iglesia. Cuando dices: «el Santo Padre es victorioso» es como si dijeras: «Cristo Victorioso».

— Hermanito Van, ¿quieres ser el ángel consolador del Santo Padre?

— Claro que sí hermana, lo quiero con todo el corazón

— En este caso, ten el coraje de rezar mucho por el Santo Padre, y hacerle para Él numerosos sacrificios.

BOLETÍN N° 7: FRANCIA

[614] Otra vez, Teresita me pidió rezar por Francia y Vietnam. Enseguida tuve una reacción fuerte y le dije: «¡ Rezar por Vietnam, pase, pero rezar por esos diablos de franceses colonialistas, jamás!, discúlpame hermana si te faltó respeto; pero pienso que no hay que rezar por esta banda de diablos blancos, y sólo tengo ganas de pedir a Dios que la tierra se abra para sepultar toda su raza en el infierno, como ocurrió antaño por los israelitas rebelados contra Moisés. Sólo pido una excepción por los padres y hermanas misioneras, pues los considero y venero como padres y madres del pueblo vietnamita.

Cuando llegué a estas palabras, yo estaba tan indignado, que me puse a llorar. Sólo después añadí: [615] «¡Ay de vosotros, franceses colonialistas, Dios en su justicia os castigará muy severamente por vuestros pecados... Teresita, mi santa y muy amada hermana, ¡tal vez sepas que soy raza vietnamita!... ¡estoy muy molesto!... si hubiera en mis manos aunque sea un revolver, me atrevería a pesar de eso a levantar el estandarte de la rebelión para luchar contra los franceses. Y aún cuando a uno solo de ellos, eso bastaría para conformarme.

Durante esta ira en que me abandoné a palabras y gestos violentos, Teresita aguardaba el silencio, y aguantaba todo con su paciencia. Su ejemplo me llevó a continuación a arrepentirme y pedirle perdón. Aún derramé lágrimas viendo en ella tal paciencia y una condescendencia tan generosa. [616] Cuando terminé de hablar, sentí la vergüenza y el calor empezó a subirme a la cara, y ya no oía la voz de mi hermana santa Teresita. Sólo tras un momento, cuando recobré la tranquilidad, me dijo dulcemente: «un revólver, ¿qué vale eso? Tengo otra táctica capaz de matar miles y miles de franceses sin que sea necesario levantar el estandarte de la rebelión a consta de numerosos soldados y grandes cantidades de municiones».

Riendo, le contesté:

— Hermana mía, dime cuál es esa táctica y protégeme.

— Hermanito, ¿prometes utilizar esta táctica?

— Sí hermana, te lo prometo.

— Hermanito, se trata de la «táctica de la oración». A mi parecer la táctica de la oración [617] es el que puede matar el mayor número de franceses. Y para alcanzarlo basta con repetir a menudo una corta oración. Hermanito, entiende bien esto: una vez que el hombre pecador haya sido expulsado del corazón de los franceses por la gracia divina, ya no estarán llenos de perfidias como ahora, sino que amarán al pueblo vietnamita como así mismos. Para conseguir esto, hermanito, hace falta mucha oración y sacrificio.

Desde aquel día, cada vez que mi santa hermana me pedía rezar por los pecadores, me recordaba también los pecados del pueblo francés y me decía:

— Hermanito, ¡véngate de los franceses de acuerdo con el espíritu del divino Redentor; o sea deja de lado todo resentimiento y ofrécele tus oraciones delante del trono de Dios para obtenerles la gracia del perdón y de la santidad.

Una vez mi hermana me habló de la guerra a venir entre [618] franceses y vietnamitas. Luego, concluyó así:

—Reza pues, querido hermanito, reza mucho por el pueblo francés. Más tarde, ya no será enemigo de Vietnam, tu patria. Gracias a la oración y a los sacrificios, llegaré a ser un amigo íntimo; aún más, considerará al Vietnam como su hermanito más querido. Pero antes de que se alcance este encuentro amistoso, el demonio suscitará numerosos obstáculos para sembrar la división entre ambos países. Sabe muy bien pues que cuando ambos sean unidos estrechamente, él mismo sufrirá pesadas pérdidas en su marcha hacia adelante...

Es necesario que un alma se ofrezca para servir de intermediario en este encuentro amistoso, o sea que se ofrezca a través del sacrificio y la oración para el impulso de las potencias infernales.

— ¡Ah, queridísima hermana! Si yo tuviera el honor de ser esa alma, ¡qué feliz sería! [619] Pero no sé si Dios consentirá en ello.

— Y ¿por qué no hermanito? Eso es precisamente lo que Él desea. En adelante, deja de lado todo rencor hacia los franceses; imponte sufrir y rezar por ellos, a fin de que se realice, según al deseo del Amor, el encuentro amistoso entre Francia y Vietnam. Ruega para que de ambos lados haya comprensión y confianza mucha de manera que a través de los lazos de amistad, ambos países lleguen a la paz. Ésta es el signo del amor. Cuando ambos países disfruten de la paz, llevando unidos en la alegría el jugo del amor, entonces el Reino de Jesús, Rey de amor, se propagará rápidamente y tú, hermanito, llevarás el nombre de Apóstol del Amor.

BOLETÍN N° 8: LA VOCACIÓN RELIGIOSA

Comprobé que desde el día en que supe reflexionar, sin tener un concepto de mi vida religiosa, deseaba sin embargo consagrarme a Dios. A partir del día de mi primer encuentro con Jesús, este deseo se ha hecho cada vez más apremiante en mi alma. Deseaba encontrar un sitio apartado del mundo... para vivir sólo con Jesús, quien me había embriagado con su amor.

La gente decía de mí: «De todas formas, será un santo sacerdote». Y yo estaba firmemente resuelto a ser un sacerdote perfecto, un apóstol que sabe sacrificarse a sí mismo. Y para ser fiel a esta resolución, debí imponerme numerosos esfuerzos tanto espirituales como corporales. Seguía aún el mismo programa de vida que Lang Son, y cuanto más avanzaba, mejor comprendía la grandeza de mi tarea de futuro sacerdote. No retrocedía ante ninguna dificultad para forjarme un carácter recto, flexible y constante. [648] Mi única razón de vivir era Dios, y quería hacer todo para convergir hacia Él. Para alcanzar esta meta ardientemente anhelada, tenía un solo deseo: ser un sacerdote totalmente entregado al amor de Dios.

¡Ay de mí! A pesar de este sueño tan maravilloso y sincero, ¡he aquí que Dios decidió guiar mis pasos por otro camino!...

Un día mi hermana santa Teresita me llevó a pasear al pie de la montaña. Me hablaba riéndose alegremente, y esperaba escuchar de ellas cosas muy agradables. Pero tras unas palabras sobre la belleza de la hierba y de las nubes, me dijo súbitamente:

—Van, hermanito mío, tengo una cosa para decirte, pero temo que te entristezca.

—¡Oh, santa y bien amada hermana! ¿Cómo podría estar triste, si estoy contigo? Hasta ahora, ¿me has visto triste a causa de tus palabras?

—Es cierto, pero hoy, yo sé que de todos modos estarás triste, y muy triste... Por eso, primero quisiera pedirte tu consentimiento antes de hablarte de ello. Y ahora, ¿me prometes no entristecerte? Con esta condición, me atreveré a hablarte.

—[649] Hermana, te lo prometo.

—En ese caso, te lo voy a decir. Van, mi querido hermanito, Dios me ha hecho saber que no serás sacerdote.

—¡Jesús! ¿Es cierto, hermana?

Me puse a llorar. ¿Pero, por qué eso? ¿Cómo se hace para que no pueda ser sacerdote?... ¡Oh! ¡No! ¡No!. Jamás me resignaré a vivir sin ser sacerdote. Quiero ser sacerdote para ofrecer la misa, para ir a predicar la religión, salvar a las almas y procurar la gloria de Dios... ¡Sí! Es una cosa decidida, tengo que ser sacerdote.

—Van, espera un poquito antes de llorar. No te he dicho todo todavía, hermanito. Sí, ser sacerdote no es fácil; y no te dije que no podías ser sacerdote. Por otra parte, ¿Quién se atrevería a enorgullecerse de ser digno de la vocación sacerdotal? En consecuencia, si Dios quiere que tu apostolado se desempeñe en otro estado de vida, ¿qué piensas?. Yo también antes, ¿no anhelé ser sacerdote para ir a predicar la religión? Sin embargo Dios no lo quiso.

—Para ti es diferente, porque eres una mujer, pero yo soy un varón.

—Es verdad, (responde Teresita riéndose) ser varón como tú es [650] la condición requerida para ser llamado al sacerdocio. Pero Cuando Dios lo quiere, puede muy bien cambiar una mujer en un varón para hacer de ella un sacerdote. Aquí es un ejemplo que te doy para que entiendas más fácilmente: también, Dios podría, si lo deseara, hacer que piedras se vuelvan hijos de Abraham. El estado sacerdotal es un estado sublime, pero es imposible abrazarlo fuera de la voluntad de Dios. Ante todo y encima de todo, el estado que supera a todos los otros, es conformarse totalmente a la voluntad de nuestro Padre Celestial.

Hice aún esta pregunta:

—¿Por qué Dios bueno no me elige para ser sacerdote?

Sin dar más explicación Teresita respondió:

—Bueno hermanito, al no ser sacerdote, llevas una vida de sacerdote y los deseos de apostolado que te proponías de realizar como sacerdote, los realizarás como si fueras verdaderamente sacerdote. Realmente, no hay en eso ninguna dificultad para el poder de Dios. Cree que Dios, infinitamente poderoso y justo no puede nunca rechazar [651] el deseo de un alma justa quien quiere realizar grandes cosas para Él. Sí, creo firmemente que tu anhelo del sacerdocio es muy agradable a Dios. Y si no quiere que seas sacerdote es para introducirte en una vida escondida en la cual serás apóstol por medio del sacrificio y de la oración, como yo lo fui antes. En realidad, la voluntad de Dios no es cruel. Dios te conoce mejor que tú te conoces a ti mismo, y Él fijó con anticipación el tiempo de tu vida de la cual conoce todos los eventos. Por eso, en su sabiduría, ha tenido que arreglar las cosas de manera tal que puedas desempeñar sin retraso tu apostolado en este mundo. Hermanito alégrate, y sé feliz de haber sido contado entre los “Apóstoles del amor de Dios” quienes tienen el privilegio de estar escondido en el corazón de Dios para ser la fuerza vital de los Apóstoles misioneros. ¡Oh! Hermanito, ¿puede haber felicidad más grande que aquella? Si en este momento dejas derramar tus lágrimas, seguro que no entendiste todavía, pero cuando entiendas tu vocación y la gracia excepcional [652] que Dios te ha concedido,

serás tan feliz que no sabrás qué palabras utilizar para agradecerle. Hermanito, siempre tendrás como función ser el Apóstol escondido del Amor.

—Hermana, ¿en qué consistirá aquella vocación escondida? Si no voy a ser sacerdote, entonces ¿qué podré hacer?.

—Serás religioso.

—[653] ¿Cómo?... ¡Ser religioso! ¡Ah, hermana mía! ¡Qué felicidad! Voy a pedir entrar en el Carmelo, como tú.

—¿Entrar un chico en el Carmelo?— dijo Teresa riéndose.

—Acabas de decirme que mi vocación será una vocación oculta... Pues bien, sólo en el Carmelo se lleva una vida oculta...

—Hermanito, no lo comprendes aún, pero acabarás comprendiendo...

Una mañana, tras la comunión, sollocé, quejándome a Jesús así: «¿Cómo podré ingresar al Carmelo que no admite sino mujeres, mientras yo soy un varón?». Como Teresita no quería que yo gastara mis lágrimas de un modo insensato, alzó la voz y me preguntó alegremente:

—Van, eres demasiado cándido; en este mundo no es fácil encontrar almitas sinceras como la tuya. Te quiero, hermanito.

Luego añadió: Es cierto que Dios infinitamente poderoso puede hacer lo que quiera. En consecuencia, podría transformarte de chico a chica en un instante. Pero debes comprender también que Dios nunca hace milagros de este tipo. Aunque tal milagro sea posible, no lo hace, porque de hecho no es necesario. Además, Dios, al ser infinitamente sabio, nunca hace una cosa que pueda ser inútil.

Sabía yo que tu deseo no se realizaría. Pero como eres tan sincero, te pedí que lo hablaras con Jesús para agradecerle. Convéncete de eso: [656] porque eres sincero con Dios, aún en las cosas sencillas, ganaste su corazón y te concedió numerosas gracias muy preciosas. Recuerda que Dios ama mucho a las pequeñas historias graciosas como la que acabas de contar.

—Pero, hermana, si no puedo ingresar en el Carmelo porque soy un varón, ¿en qué congregación podré entrar?

—¿En qué congregación? ¡Ah! Por ese asunto, deberás recurrir a la Virgen.

—Pero pienso que tú también lo sabes muy bien.

—Sí, lo sé muy bien, y sin embargo revelarte aquel punto es del poder de nuestra Madre María. ¿Te parece complicado? No te preocupes por eso. Pídelo a la Virgen, y te contestará sin demorar.

—Pero hermana, ¿cómo hacerle esta petición?

—Ya te lo dije tantas veces: háblale francamente como piensas, sin preocuparte. Es muy fácil. Dile simplemente: «Oh Madre, concédeme la gracia de conocer en qué congregación Dios quiere que me consagre a Él».

A partir del día en que mi hermana Teresita me recomendó recurrir a la Virgen para conocer en qué congregación Dios me quería, seguí su consejo. A la vez, averigüé sobre la Orden de los Dominicos y la de los Cistercienses. Durante este tiempo, iba varias veces, todos los días, al altar de María para pedirle consejo, pero aparentemente no daba resultado. No recibía ninguna respuesta de ella. Este silencio me dejaba perplejo. De ambas órdenes que recién había conocido, no sabía cuál escoger. Además, ¿cómo habría podido decidirme, mientras que no sentía ninguna atracción ni por una ni por la otra? Ignoraba si existieran otras congregaciones, y me preguntaba por qué mi Madre María no me respondía. Yo estaba inquieto y turbado. Justo en ese momento, la Virgen me mandó un dulce sueño.

Durante una noche de invierno, alrededor de dos semanas más tarde de que santa Teresita me hubo aconsejado rezar por la intención mencionada anteriormente. Mientras sufría del frío más que de costumbre, recién me había dormido cuando de repente una corriente de aire glacial penetró a través de las ranuras de la ventana hasta mi cama y me hizo abrir súbitamente los ojos, como si alguien hubiera venido a despertarme. Luego me fue imposible volver a dormir. De vez en cuando, de la montaña venía un golpe de viento, como una caída, y tenía la impresión de que lloviznaba. Mientras más avanzaba la noche, más intenso se hacía el frío. Solo, envuelto en dos frazadas delgadas, [659] todavía sentía las mordeduras del frío como si me hubiera acostado sobre una roca. Me era muy difícil dormir, no porque no tuviera sueño, sino porque debía luchar contra el frío.

El invierno en Quang Uyên era para mí un gran suplicio. Durante el día, yo debía quedarme en el aula y calentarme un poco con unos pedazos de leña que quemaba en una lata. Pero a la noche, el frío se hacía aún más penoso. Tenía dificultad para dormir, y esperaba la llegada del día para calentarme con los rayos del sol. Durante todo el invierno, solía tener las manos y los pies hinchados y cubiertos de grietas, de las que salía sangre. Pero el padre Mailliet no sabía nada de esto, y yo consideraba todo como un favor particular que debía guardar secretamente. Padre, más aún siendo un alumno pobre.

Durante estas noches de insomnio, pasaba mi tiempo rezando el rosario, velando con la Virgen y conversando con ella. Aquella noche, seguía exactamente con el mismo programa. Pero tras haber meditado los misterios gozosos y comenzado los misterios dolorosos, me dormí de repente, y entonces tuvo lugar el dichoso sueño: soñaba que estaba acostado de un lado, con la cara hacia la pared, siguiendo atentamente [660] la recitación del rosario, como cuando estaba despierto. De repente, percibí a alguien que venía del lado de la sala de estudio y que se acercaba a la cabecera de mi cama.

Este personaje se acercaba a mí, todo vestido de negro; era bastante alto y su mirada dejaba traslucir una gran bondad. Me di cuenta de que llevaba adentro un traje negro ajustado por un cinturón, y caía hasta los talones. Estaba envuelto en un manto amplio del mismo largo y tenía la cabeza cubierta con un gorro negro. Sobre el cuello de su vestido emergía algo blanco. Sus brazos, con la mitad escondida bajo su manto, no eran visibles sino a partir del codo. Con la mano izquierda, tenía un rosario de nudos grandes que caían hasta sus rodillas, pero no le veía ni el crucifijo ni la extremidad. Al principio, creía encontrarme con un fantasma y me proponía escaparme. Pero recobrando de pronto mi calma, me dije:

«¿Un fantasma tiene un rosario en la mano? ¿Será la Virgen? Pero, ¿por qué está vestida enteramente de negro? [661] A menos que sea Nuestra Señora de los siete dolores. Sí, seguramente que viene a mí vestida de negro, porque estoy meditando los misterios dolorosos».

Mientras estaba así embrollado con mis propias cuestiones, el personaje se había acercado a la cabecera de mi cama. Percibí de manera distinta los rasgos de su rostro sereno y sonriente. Me miraba con afecto; la belleza de su persona era tal que tenía el aspecto de un rayo de luz extremadamente dulce. A la vista de tal belleza, me di vuelta bruscamente para sentarme en la cama, a fin de estar más cómodo para contemplarla, y di un grito de alegría: «¡Oh, Virgen Santa! ¡Qué bella eres!». Su dulce mirada estaba fijada en mí, y yo miraba con avidez este personaje sin entornar los ojos. En efecto, era la primera vez que veía tal belleza en este mundo, una belleza que tenía la certeza de no volver a ver sino en el Cielo. Dándome cuenta de que yo dejaba traslucir un

cierto temor, el personaje me acariciaba la cabeza con su mano derecha y con una sonrisa me parecía decir: «¡No temas!».

El personaje pues me dejaba mirarlo y pensar de él lo que quisiera. En cuanto a él, sin decir quién era, se contentaba con sonreír y acariciarme de una manera que no podía ser más afectuosa. Luego, vi como su rostro se iluminaba más aún y todo su cuerpo irradiaba una belleza resplandeciente... Luego me hizo dulcemente esta pregunta:

«Hijo mío, ¿quieres?». Estaba sorprendido, y no entendía bien lo que me preguntaba, pero respondí espontáneamente: «Oh Madre, sí, quiero». Apenas había dado mi respuesta cuando lo vi de pronto saludarme con la cabeza y retirarse lentamente, caminando de espaldas hacia la sala de estudio, fijando siempre su mirada en mí y sonriéndome [663] con mucha bondad... A pesar de mi asombro, me sentí invadido por una inmensa alegría que parecía atraerme hacia él. Pero, ¡decepción!: ¡el dichoso sueño se había desvanecido!...

Toda aquella noche, me fue imposible dormir, ya no a causa del frío, sino por un exceso de alegría. Recordaba sin cesar en mi memoria la pregunta que me había hecho la Virgen, pero no comprendía aún con qué intención me había preguntado: «Hijo mío, ¿quieres?». Tenía prisa en que llegara la mañana, para contar mi sueño a Hiên y Tam, y pedirles si pensaban, como yo, que el personaje en cuestión era [664] Nuestra Señora de los siete dolores.

De hecho, Padre, sólo después de que ingresé en la congregación reconocí claramente que el personaje que había visto en el sueño no era Nuestra Señora de los siete dolores. Entonces, ¿quién era?

Más tarde, durante el invierno de ese año 1944, viendo que los padres Redentoristas de Hanoi, Thai Hâ Ap, llevaban un tipo de manto parecido al de la aparición vista en un sueño anterior, empecé a dudar... Unos días después, tras el trabajo de la mañana, acudí al oratorio para una corta visita al Santísimo Sacramento. Subiendo la escalera, levanté los ojos hacia la pared y percibí, de manera inesperada, una estatua de san Alfonso ubicada sobre un pedestal. Levantaba la mano derecha para bendecir, tenía un birrete en la mano izquierda, y con la cabeza inclinada hacia delante, tenía la actitud casi parecida a la de la Virgen que había estado antaño en la cabecera de mi cama. Me paré para mirar atentamente la estatua un largo tiempo, y me preguntaba: «¿Me habré equivocado?».

De repente, oí la voz de mi hermana Teresita que se reía y contestó amablemente en mi lugar:

— ¡Oh! Ya no has de dudar, querido hermanito, estás seguro de que el personaje que se te apareció aquella noche, no era otro sino tu Padre san Alfonso... Sí, el personaje que tomabas por Nuestra Señora de los siete dolores era tu Padre amable san Alfonso mismo... La Virgen es quien te lo ha enviado para que te acepte en la Congregación.

Y cuando respondiste: «Oh Madre, sí, quiero», tu “Virgen dolorosa” acogió el deseo de tu corazón, y a partir de aquel día, te consideró como su hijo querido...

Yo derramaba lágrimas de emoción. Teresita siguió:

— ¿Hay en el mundo almas que sean tan mimadas como lo eres tú? Pues bien, este privilegio lo debes a tu sinceridad y sencillez de niño...

— Hermana Teresita, reconozco ahora que mi gozo es realmente grande, y me pongo rojo por no ser digno de ello... ¡He sido realmente ingrato! Entonces, para ser consecuente con tus palabras, en adelante me propongo honrarlo más y agradecerle guardando perfectamente las enseñanzas que me ha dado en su Regla.

El 15 de Julio de 1944, Joaquín Van deja a su familia para dirigirse hacia el monasterio de Redentoristas de Thai-Hâ Ap, y le da a su madre sus últimos consejos:

Terminado el almuerzo, me preparé para ponerme en marcha. Mi madre se encargó de acompañarme hasta el embarcadero... Tras haber atravesado la puerta de la aldea, como ya no teníamos nada que decirnos, mi madre empezó a rezar el rosario... Entonces me dio sus últimos consejos con una voz temblorosa que traicionaba su profunda emoción. Ante todo, me aconsejó permanecer firme en mi vocación hasta el final, a pesar de todas las dificultades y pruebas que pudiera encontrar. He aquí lo que me dijo:

«La vocación es una gracia que Dios nos da [750] una sola vez. Y si se la negamos, por más que hagamos lo que sea, nos será imposible conseguirla de nuevo. Es como si un rey pidiera la mano de una pobre muchachita del campo. Si esta señorita supiera que es un favor muy precioso proveniente de la bondad del rey hacia ella, ¿cómo podría no aceptarlo? Pero si se lo negara, más tarde, por más que quisiera conseguirlo, no le sería posible. El rey, tras haber sufrida tal rechazo, ya habría elegido a otra para establecerla como reina. Es así también para la vocación religiosa. Cuando se ha negado el llamado del Señor, da este favor precioso a otra alma, entonces aquél que la ha perdido ya nunca podrá volver a conseguirla, por nada del mundo».

Poco a poco, mi madre llegó a hablar del asunto del acatamiento, respeto y aplicación de la Regla y me hizo esta recomendación:

«No vayas nunca en contra de la voluntad de Dios. Esta voluntad te será manifestada por la Regla, las costumbres de la comunidad y los superiores. Por consiguiente, debes resignarte a reprimir tu propia voluntad para seguir la de Dios. Nada me causaría mayor deshonor que verte un día regresar [751] al mundo por no haber sabido obedecer a tus superiores. Cuando estabas en Quang Uyên, oí decir que habías sido culpable de semejante falta. Peor cuando volviste a la casa, no creí que hubieras actuado así. Espero que estés muy bien decidido, para toda la vida, a no seguir nunca tu voluntad propia, sino únicamente la voluntad de Dios. Acuérdate que Dios no da la paz sino a las almas que buscan su voluntad y se conforman con ella. Varias veces yo misma experimenté eso. En la aldea, todos saben que he tenido grandes dificultades, pero nadie puede saber cómo puedo estar siempre alegre y capaz de vivir en paz. Recuerda siempre mi consejo: no te alejes nunca del camino que te ha sido indicado por la santa voluntad de Dios. Si quieres llegar al final en paz y felicidad, sigue ese camino donde siempre se encuentra al Señor, y gozarás de su protección».

Ya fuera de la aldea de Thi Mão, mi madre se detuvo, y luego, poniéndome la mano en el hombro, fijó sus ojos llenos de lágrimas en mí, y con una voz aún más temblorosa, me dijo:

«Hijo mío, [752] ya estamos llegando al embarcadero. Me detengo aquí y te deseo un buen viaje... Recuerda los consejos que recién te he dado... Reza mucho por mí... acepto todo de buena gana, ya que es un don de Dios... Cuento mucho con tus oraciones. Pide a Dios que me de más coraje...

Te dejo partir con la esperanza de que serás para la familia y para mí en particular una fuerza vivificante. ¡Hijo mío! ¡Sufro mucho al deber separarme de ti! En adelante, ¡ya no esperaré verte de nuevo!... Pero, ya que Dios lo quiere, es con buena gana que te dejo partir en paz...».

El 12 de julio de 1947, el hermano Marcelo escribe a sus padres una larga misiva en la que evoca su niñez, Huu Bang y la situación actual de religioso de clausura. No tiene noticias de Ngiam-Giào, pueblo del delta tonkinés donde reside su familia, mientras que se desarrollan operaciones militares en la región de Bac-Ninh.

“Queridos padres...

Hoy, aunque no soy sacerdote, sin embargo me llaman el pequeño apóstol de Jesús. En este ven ustedes claramente que Jesús correspondió con su voluntad referente a sus planes para mí, ya que veo yo mismo ya realizado mi deseo de ser apóstol de Jesús, para el bien de las almas. Y dado que me eligió Jesús para ser su pequeño apóstol, mi misión de apóstol me obliga a irme pronto para el Cielo. Si considero el tiempo que me queda para pasar en esta tierra, veo que ya no será muy largo; por eso les digo: incluso si ya no me ven vivo en esta tierra, no dejen de pensar que vivo feliz con Jesús en el Cielo. Estoy seguro de que, como me han ofrecido a Dios de buen grado, no dejarán de ofrecerle de tan buen grado mi vida. Aunque hablo así, en realidad me encuentro actualmente en buen estado de salud como suelo estarlo siempre, sin ninguna enfermedad. Sin embargo, me parece que me queda muy poco tiempo por vivir, y este poquito, desconozco cuanto tardará. Pasa pues que a este corto tiempo debo esperarlo aún, pero sin desanimarme; de todos modos, llegará el día en que vea a mi bien amado cara a cara. Sin embargo, queridos padres, antes de vivir eternamente feliz con Jesús, permitan que les diga con un corazón sinceramente agradecido: Les amo mucho. Esté en la tierra o en el Cielo, no dejaré de quererles eternamente en el Amor infinito de Dios.¹

Sé que desde mi niñez hasta hoy, no he hecho nada para manifestarles mi agradecimiento; pienso sin embargo que el amor sincero que mora en mi corazón basta para que estén contento conmigo, su nenito. He pedido a Jesús que les concediera muchas gracias; si no las logran mientras esté yo en esta tierra, cuando esté en el Cielo, les pediré de nuevo para ustedes, singularmente para usted, papá, he pedido muchas gracias, pero aún no he visto muchos resultados. Una vez en el Cielo, me serviré de toda la potencia de mi corazoncito amante para cambiar el suyo; y así obtendré el favor pedido, mi corazón estará gozoso, y Jesús estará contento”.

TESTIMONIOS

BOLETÍN N° 5

Acabamos la presentación del testimonio en el que el padre Joseph Khan evocó sus recuerdos de Quang-Uyên, y con este motivo agradecemos al Señor que nos permitió descubrir mejor a nuestro amigo Van, entonces de catorce años de edad, gracias a los escritos de sus dos compañeros de vida, que ambos se hicieron sacerdotes posteriormente.

La noche del 3 de Octubre de 1942: noche histórica

De repente Van da un gran salto. ¿Qué idea se le ocurriría? Se ríe y dice: ¡Ah... Ah...!, es un secreto. Esta noche vamos a trasnochar para celebrar a santa Teresa y...

Después de la cena, rezamos, luego nos acostamos como de costumbre; pero nos gustaría mucho conocer el “secreto de esta noche”... Apagamos las luces y poco después, se va oyendo un ronquido, y otros lo repiten... Es el momento de levantarnos sin hacer ruido e instalar nuestras tres camas una al lado de otra, la de

Van en el medio, la de Hiên más cerca del centro de la habitación y la mía cerca de la ventana. Nos agrupamos bajo la manta compartida y empezamos a hablar. Es Van sobre todo el que habla. Aconseja a Hiên ya no pensar en su familia. Nos dice: “Debemos vivir en alegría, Dios quiere que vivamos en estas circunstancias. Tenemos que aceptarlas, vivir y morir juntos...”. Se oye a Hiên sollozando; entonces Van debe apaciguarle.

De repente, fuera se pone a ladrar el perro. Nos callamos, deteniendo nuestra respiración para escuchar mejor. Ya pasó la mitad de la noche.

Entonces Van nos declara, con tono grave:

“Los tres nos ofrecimos a Dios. Aceptemos estar aquí para obedecer al padre Ngu. Es bueno y nos mandó aquí para fortalecer nuestra vocación. Lo triste es que no estudiamos, tenemos que ocuparnos de las vacas, seguir trabajando aún y comer de manera miserable...”. Van reflexiona, luego prosigue:

“Será ésta la voluntad de Dios, seguramente. Es preciso que nos ayudemos mutuamente a acatarla. Es preciso, ahora mismo, que, vinculados por una amistad fraterna, decidamos vivir y morir juntos, sin separarnos”.

Como señal de esta amistad, Van nos invita a que juntemos cada uno un dedo con los dedos de los otros dos. Le escogemos de hermano mayor. Para mostrar profundamente su amor fraterno, nos da Van una señal maravillosa, dándonos un beso a ambos. Primero a Hiên, y luego me toca a mí. Siendo aún algo simplón, estoy muy emocionado al pensar que ya no he de temer ser rechazado y me pongo a llorar... ya no entiendo muy bien lo que Van dice entonces. Nos dormimos. Apenas amodorrados, se oye sonar el despertador. Pronto levantados, ordenamos nuestras camas. Empieza un nuevo día...

Desde aquella noche del 3 de Octubre de 1942, los tres amigos que nos parecíamos hasta entonces a ramas secas, recibimos el agua de un nuevo nacimiento. Intercambiamos nuestros pensamientos, vamos animadamente a conducir las vacas a los prados. Ya no llora Hiên pensando en su familia. Muchas veces, al anochecer, acabado el trabajo, vamos al pie de la sierra a tirar cometas. En otras ocasiones, hacemos carreras o jugamos a juegos “escouts” o al teléfono con botes de leche vacíos horadados con dos agujeros, cubiertos de piel de rana y reunidos por largos hilos...

La separación, ¡Que tristeza!

Llega la primavera. Es el momento en que brota de nuevo la vegetación, se hinchan las yemas; por todas partes aparecen flores de mil colores, desde lo bajo de la sierra hasta la fuente y la huerta de la casa.

Pero una noche, estalla una clase de tormenta. Lee el padre Binh una carta certificada. Convoca a Hiên, habla primero fuerte, luego bajito. Lloro Hiên. Van y Tam escuchamos fuera, comprendiendo que se trata de una mala noticia. Unos minutos después, sale Hiên llorando, con los ojos enrojecidos. Le acompaña Van hacia la clase. Entre sus lágrimas, anuncia Hiên que debe marchar al día siguiente para Langson donde vendrá su familia a buscarle para conducirlo a Bac-Ninh. Allí proseguirá sus estudios y esperará el principio del curso para ingresar en el seminario de menores Dao-Ngan en Dap-Can. Había escrito Hiên a escondidas a su familia. Había intervenido ésta cerca del padre Ngu para obligar a Hiên a que volviese. Lloramos todos, luego nos consolamos mutuamente.

Al día siguiente, a las 7, vamos los tres al mercado. Hiên sube al autobús. Nos despedimos llorando hasta que desaparece el autobús. Los que quedamos seguimos recordando aún lo que dijo Hiên en la clase antes de marchar: “Ahora, soy feliz aquí. Quiero quedarme, pero tengo que marchar”.

Van y Tam estamos tristes. Sentimos tanto la marcha de Hiên. Despacio, volvemos a la casa rectoral; yo, Tam, pienso en Hiên. Él también debe de echarnos de menos, debe recordar a Quang-Uyên, este sitio donde

los tres juntos vivimos tantas alegrías, penas y miserias, donde compartimos nuestros pensamientos íntimos. Y ahora, ¿nos volveremos a ver? ¿Y cuál será la vida de Hiên?

Sigue la vida... Van y Tam trabajamos cada día como obreros. Ya no habla el párroco de estudios. Sin embargo seguimos con todas las costumbres de piedad: visitas al Santísimo cinco o siete veces al día, visitas a la gruta, permanencia en la clase para escribir el diario o nuestros pensamientos, compartir confidencias, animarnos mutuamente a que cumplamos bien con el deber de estado, rezar a la Providencia que nos mantenga, fieles a nuestra vocación... Van escribía su diario... Decía que era bien personal, en el que se expresa uno cariñosamente con Dios, como santa Teresa al escribir “La historia de un alma”...

La tempestad, ¡qué tristeza!

Al tercer día del Têt de 1943 no lo he olvidado nunca. Nadie hablaba. Cerramos las puertas y nos quedamos mirando el techo con profundos suspiros. Nos mirábamos con Van, con los ojos llenos de lágrimas y vueltos a la clase, seguimos llorando inclinados sobre la mesa. Rezando el rosario, a eso de las 15, llamó el padre a Van y le hizo entrar en su despacho para hablarle a solas. Yo, fuera, temblaba llorando. Oía la conversación en voz baja, como la noche en que había hablado el padre con Hiên, el año anterior. Rezaba callado, pidiendo que Van no me dejase solo.

Salió Van, con la cara anegada en lágrimas. Fue directo a la clase, lloraba a lágrima viva. Le pregunté en vano. Se contentó con decirme: ¡Oh! ¡Que dolor! El corazón se me enfría demasiado, no sé como decir...

A eso de las 17 horas, levantando la cabeza, me dijo Van: “Debo marchar. Te compadezco por deber permanecer aquí. Sé que tendrás mucho que sufrir. ¿Qué remedio? Para cada uno Dios escoge el camino...”. Llorando, le seguí para ayudarle a ordenar sus cosas. De equipaje, era poco al llegar y lo era aún más al marchar...

Aquella noche dio Van largos suspiros y muchas vueltas en la cama. Yo permanecía con los ojos abiertos, esperando ver si Van iba a darme algunos consejos. Pero Van no me dijo nada. Sólo oí el grito de las gallinas, y en la primera velada, me dormí.

Al final del desayuno, se levantó Van para saludar a todo el mundo. Emocionados, le apretamos fuerte la mano todos, deseándole que llegara a su casa en paz y encontrase buena suerte.

La alegría de encontrarme de nuevo con Hiên

... En el mes de Agosto de 1946, el padre Thuan, párroco de la parroquia de Thanh Da, me hizo examinar para el ingreso en el seminario de Dao Ngam y aprobé. Al reanudar el curso, en Septiembre de 1946, me encontré de nuevo con Hiên. ¡Cuánta alegría recíproca! Se nos escogió de solos para el coro; así, estábamos al lado uno de otro para cantar la misa. Hiên, claro está, era el hermano mayor.

... Durante el curso 1947 – 1948, fue incendiado el seminario por los Viet-minh. Habían desplegado un cartel: “es necesario exterminar a todos los resistentes...”

... En junio de 1949, con otros dos seminaristas, huímos a Tiñe-Nha; en Agosto de 1949, me marché solo para Pha Lai, de donde quería alcanzar Hanoi para estudiar. Acogido en el orfanato santa Teresa del Niño Jesús, dirigido entonces por el padre Kim, Monseñor Seitz, podía a la vez estudiar y dirigir un coro...

Volví a ver a Van

Gracias a los seminaristas alojados provisionalmente en Cat-Tut en el Convento de Dominicos, quienes iban a estudiar al Convento de Redentoristas, me enteré de que Van ya estaba allí de Fraile coadyutor. Estaba

emocionado y no me atrevía a encontrarle enseguida. Me fue necesario escribirle dos o tres veces. El contestaba cada carta y me daba cita para encontrarle. En sus cartas, me aconsejaba la sólida confianza en Dios, siguiendo el ejemplo de Teresita. Me invitaba a que abandonase mi vida a Dios, me dirigía. Siempre, añadía estampas del Señor, de María o de santa Teresa del Niño Jesús, y escribía detrás algunas palabras de sentido profundo. Entregué todas estas estampas al seminarista Bao, en 1959.

En cada encuentro, estábamos ambos muy conmovidos. Estaba flaco, llevaba el hábito de los frailes. Tenía una expresión muy sobrenatural. Cuando hablaba, era para hablar de Dios, de santa Teresa. Era como si sólo fueran uno Teresa y él. Pienso que estaba totalmente empapado en su pequeña vía espiritual... En cuanto a mí, era un “huérfano”. Mi camino en el mundo estaba lleno de pruebas y era aún largo, larguísimo...

Antes de ingresar en el seminario Pío XII en Hanoi, fui a ver a Van y a contarle brevemente el cambio total de mi vida desde su salida de Quang-Uyên. Ambos dimos gracias a Dios, me aconsejó Van con fuerza que fuera valientemente fiel a la gracia de Dios, quien jamás nos abandona. En todas las cartas que me escribió a continuación, me invitaba sin cesar al abandono, al sacrificio, a la fe inquebrantable en Dios. Cada una de sus cartas era para mí un maravilloso estímulo.

Con este motivo fue como propuse a Van que pidiese al padre Superior ejercicios espirituales de tres días para nuestro grupo de cuatro jóvenes. Alegre, fue a ver al Superior, quien aceptó en el acto.

Los ejercicios espirituales

En aquel momento estábamos trastornados por los acontecimientos y bastante turbados en nuestras mentes. No pedimos homilías, sino sólo la posibilidad de intercambiar pensamientos juntos y reflexionar en particular.

Estuvimos muy conmovidos al ver al mismo Van y a otro Fraile sirviendo la comida y ocupándose de nosotros. Era delgado, pero vigoroso y rápido. Le miraba admirativo, siempre que venía a preguntarnos si deseábamos algo, le pedía tener una plática particular con él. Se negó porque, estando en el noviciado, no le era permitido. Desde el seminario, de vez en cuando, le escribía. Me contestaba siempre. No tenía novedades que contar, pero sus respuestas tenían el poder extraño de ayudarme espiritualmente.

Por casualidad, descubro un vínculo que me conduce a Van

Estuve cuatro años estudiando en el seminario mayor de Suant-Bich, de 1957 a 1961. Allí encontré el mismo ambiente de Langson: abertura, cordialidad entre profesores y seminaristas entre sí. Estaba como el pez en el agua.

Un día, después de cenar, conversé con el seminarista Ignatius Bao, estudiante en mi clase y Redentorista mayor que yo. Después de algunas preguntas para conocernos mutuamente, descubrimos que ambos éramos amigos íntimos de Van. Cursó el hermano Bao el año de noviciado con Van. Recibió de su Superior la misión de reunir documentos y recuerdos y escribir el relato de la vida del Hermano Marcelo Van para...

Al leer lo que ha escrito Bao acerca de Van, me siento sumamente conmovido. Veo que temprano coge Dios las hermosas flores para el Cielo. A mí me deja hundido, flotando en una vida llena de polvo. Ruego a Dios tan bueno que tenga piedad de mí, mediante la intercesión de Marcelo Van.

Así es como puedo resumir la vida de Van: siempre era voluntario para acudir allí donde es difícil.

Si Dios me da vida, y si lo permiten las circunstancias, iré a ver de nuevo todos los sitios donde dejó Van las huellas de sus pasos...

Después de mi estancia en la cárcel, padecía mareos y me desvanecí varias veces, e incluso tres veces durante la misa. ¡Qué raro! El gobierno comunista me permitió que fuera al extranjero para revisar mi salud. La petición de ir a tres países de Europa fue rechazada. Pedí entonces viajar a América. Cosa más rara aún: aceptó América y los Viet-Công me lo permitieron.

En América tuve la oportunidad de tratar más veces con Tê, la hermana de Van, y me esforcé en escribir sus años de juventud en Quang-Uyên, y todos los años en que seguí tratando con él.

He aquí cuanto puedo recordar. Es algo que lleva ya 52 años (1941 – 1994), ¿cómo podría recordarlo todo? Ruego a Van que me disculpe.

Con la Hermana Ana María Tê, no sé cómo resumir todos aquellos hechos, que nos mantienen estrechamente unidos.

Acabo de escribir en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, el 7 de Octubre de 1944, Davenport, I. A., U. S. A., Joseph Tam-Vihan.

BOLETÍN N° 6

En los escritos del Hermano Marcelo, reagrupados después de ser traducidos por el padre Antonio Boucher, en un documento llamado “Diario íntimo y otros escritos, poesías”, cabe leer, en la fecha del 7 de Diciembre de 1947, el texto de una carta que “dejaron caer en mi alma”.

El Hermano Marcelo se dirige a su Director Espiritual. Le escribe:

“Antes de conducirme a este monasterio, Dios me hizo pasar por tres etapas distintas. Estas etapas, grabadas en mi mente sin que yo comprenda aún su significado, sólo estos últimos días Jesús me dio a conocer que no dejarán de ser útiles para la salvación de las almas.

En la primera etapa, Dios me condujo a una cristiandad administrada por un sacerdote al que todos tenían por un hombre experimentado (...).

En una segunda etapa, Dios me hizo pasar por una parroquia confiada a un padre Dominicó español (...).

El camino recorrido en la tercera etapa no es muy largo, pero la experiencia que adquirí en él permanece grabada en mi corazón desde el principio hasta el fin.

El vicariato de Langson es un territorio de sierras abruptas, cedido a los Dominicos franceses por los Dominicos españoles en el momento de la división del Vicariato de Bac-Ninh. Es de verdad una región llena de sierras donde es difícil ganarse la vida y donde encuentra uno oportunidades de sacrificarse un poco. ¡Pude darme cuenta de que Dios había reservado esta parte de sacrificio a los Dominicos franceses!....”

Las tres etapas evocadas por el Hermano son, en orden: Huu Bang, Thai Nguyên, y por fin, Langson y Quang-Uyên. Pensamos que convenía evocar el recuerdo de dos Padres dominicos franceses que sirven a la parroquia de Quang-Uyên en 1942 y 1943, cuando se desarrollan allí acontecimientos tan extraordinarios para el pequeño Van. Se trata del padre Brebion (padre Uy) y Maillet (padre Binh).

El padre Brebion, en primer lugar

Nacido en 1867, antiguo sobre estante de calles en Lyon, se embarca el padre Brebion en Marsella el 9 de Febrero de 1902, con otros dos religiosos Dominicanos de la Provincia de Lyon: el padre Cothonay, de cuarenta y ocho años de edad, y el padre Barbol, de tan sólo veintiséis.

Destinados a la diócesis de Haiphong, confiada entonces a los Dominicanos españoles de la provincia de Manila, constituyen la vanguardia de los misioneros Dominicanos franceses en Tonkín. Desde 1903, llegan los Padres Fraile, Hedde, y Robert.

Llamados a la viña del Señor, muy pronto suben, uno después de otro, hacia la alta región tonkinesa, poblada de paganos con los que, careciendo de religiosos, los Padres Dominicanos aún no han podido tratar. Iniciándose en los múltiples idiomas y dialectos serranos, buscan los Padres Dominicanos franceses el camino de las almas e instalan puestos misioneros y misiones hasta la frontera de la China, luego hacia la provincia de Ha-Giang, en la frontera de Hun-Nan. Permite su apostolado a la Santa Sede que erija la Prefectura apostólica de Langson y Cao-Bang desde el 30 de Diciembre de 1913 y la confíe a los Dominicanos franceses, con Monseñor Cothonay, llegado con el padre Brebion en 1902.

Éste se manifiesta desde el principio como un arquitecto distinguido. Después de la Capilla de Do-Son, edificada en la desembocadura del Canal de los Rápidos, no lejos de Haiphong, sigue construyendo para los Padres españoles de la diócesis de Bac-Ninh, que deja en 1914 para la de Langson y Cao-Bang. Él será quien construirá la Catedral de Langson, en 1923, y el seminario de menores san Miguel en 1929, antes de llegar a ser su Director hasta 1932.

En 1937, sale con el padre Maillet para establecer el puesto de Quang-Uyên. Allí construye la iglesia en la que vendrá Van a rezar, y que será destruida por completo en 1947.

Llega la noticia de su muerte a principios de Enero de 1949: fue ahogado, al parecer, pues se le encontró crispado, sobre la cama, con la boca llena de sangre...

Se juntaba así con su Señor, a los 82 años, al final de una estancia de 47 años utilizada para edificar iglesias, capillas y un seminario en Tonkín.

De él escribió Van en su Autobiografía, al evocar su salida de Quang-Uyên en junio de 1943:

“Hasta mi salida, siguió el padre Brebion desaprobando al padre Maillet. Cuando vine a despedirme de él, me apretó la cabeza entre sus manos y me consoló diciéndome: «No te entristezcas, pues hasta ahora, he comprobado que eras un niño fervoroso y de verdad virtuoso. Quizás se equivoque el padre Maillet al tratarte así; sin embargo, no te entristezcas de más, pues excepto Dios, nadie puede comprenderte. Ahora bien, ya que Dios testimonia a tu favor, no tienes por qué preocuparte, vendrá a ayudarte. Quédate en paz, abandónate a Él con gozo y confianza plena. ¡Buen viaje! Ojalá encuentres pronto la felicidad»”.

El padre Maillet, a continuación

Nacido en 1884, llega el padre Maillet a Tonkín en 1919, con el padre Craven.

A él es a quien deja Monseñor Cothonay la Prefectura Apostólica de Langson y Caobang cuando se jubila en 1924. Poco después, se le promueve Prefecto Apostólico, pero en 1929, dimite y vuelve a Francia. Le sustituye el padre Felix Hedde, nombrado Prefecto Apostólico el 8 de enero de 1932.

El 29 de enero de 1932, el padre Maillet vuelve a Tonkín. Monseñor Hedde, su sucesor en la sede episcopal de Langson, le nombra superior del seminario de menores de Langson, en lugar del padre Brebion.

Con el padre Brebion marchará en 1937 para fundar la casa rectoral de Quang-Uyên. Allí acogerá a Van en Agosto de 1942 y le expulsará en Junio de 1943.

La noticia de la muerte del padre Maillet llegará en el mismo momento que la de la muerte del padre Brebion. El contexto es idéntico, pero el medio utilizado es distinto: metido en una cesta de mimbre y tirado desde una sima. Le habría dado tiempo para hacer esta pregunta a sus verdugos: “Sólo les he hecho bien, ¿por qué me tratan así?”.

Desde el monasterio de Hanoi donde se encuentra, escribe el Hermano Marcelo al padre Drayer Dufer, el 29 de Junio de 1949, quien le había acogido en el seminario de menores de Langson, en Enero de 1941, y, poco tiempo después, admitido en la tropa de Cadetes, después entre los “scouts”.

“... El año pasado, recibí también noticias de dos veteranos de Quang-Uyên. Estas noticias me han llenado de tristeza y compasión por estos dos santos misioneros. Si el día de mi salida de Quang-Uyên había sido para mí un día muy triste, el día en que supe que el padre Brebion había muerto abandonado y el padre Maillet había sido detenido y conducido a un sitio desconocido, sentí como si mi corazón fuera comprimido por una mano férrea, e incapaz de latir... ¡de tan profunda tristeza!... Sin embargo, sé que en este mundo Dios permite muchas veces que los santos padezcan suplicios muy amargos, que son testimonio de su amor por Él...

No sé dónde se encuentra en la actualidad el padre Maillet. ¡Oh! Si ya ha llegado al Cielo este santo misionero, ¡que consuelo para mí!. En este caso, comprenderá claramente los sentimientos de mi corazón, a saber: me separé de él en Quang-Uyên, en absoluto por ingratitud, sino porque debía seguir la voluntad de Dios...

Por fin, querido Padre, en lo que sigue... Cuando tuve que dejar el vicariato de Langson, ¡usted fue el único que me dio una sonrisa afable!... ¡Oh! ¡Querido Padre! Jamás le podré olvidar. Deseo que su apostolado produzca frutos cada vez más abundantes. Ofrezco a Dios mi corta vida, le ofrezco mis sacrificios y mis cansancios de cada día, para ayudarle en su labor de evangelización. Por la oración, uno mis fuerzas con las suyas por la salvación de las almas que usted sigue proponiendo con tanto celo.

Padre, estoy seguro de que mi vida será corta... Sin embargo, ya sea que esté en el Cielo o en la tierra, permítame ser apóstol con usted.

Tenga usted la bondad de bendecirme,

Por entero, J. M. T. Marcelo, C. Ss. R.

BOLETÍN N° 7

Testimonio del Profesor Lê Hâu Muc

Desde el 2 de abril hasta el 2 de junio de 1987, leí con mucha atención el manuscrito redactado en vietnamita por el Hermano Marcelo Van comparándole con su traducción francesa hecha por el reverendo padre Antonio Boucher. Después de dos meses de lectura minuciosa, tengo a pecho hacer algunas advertencias referidas a la traducción al francés de la autobiografía del Hermano Marcelo Van.

El vietnamita es un idioma de tonos y monosilábico cuyo vocabulario consta de un fondo de palabras austro-asiáticas superpuesto con varias capas de palabras de origen chino; aprovechaba, desde el siglo XVII, la

romanización de su escritura hecha por los misioneros europeos, por el padre Alejandro de Rhodes singularmente, lo que hacía fáciles y prácticos para los vietnamitas el estudio y el aprendizaje del idioma.

Además, la uniformidad de la disposición gramatical de la frase de ambos idiomas, vietnamita y francés, la unidad de su vocabulario general, esencialmente polisémico, la similitud del sistema fonológico de ambos idiomas, todo contribuye a posibilitar la adquisición rápida de los estudios de los fonemas del vietnamita y de su reparto, de las reglas de combinación de los morfemas y sintagmas vietnamitas así como de sus sentidos definidos con exactitud en diccionarios compilados por los mismos misioneros europeos. Frente a estas oportunidades que les favorecen particularmente, los francófonos, como los padres Redentoristas de Québec, tienen la posibilidad asombrosa de dominar el idioma vietnamita después de tres meses de trabajo intensivo.

Era el caso del padre Antonio Boucher, llegado al Vietnam en 1935. Desde su primer encuentro con el joven Van, le animaba a que escribiese el relato de su itinerario espiritual, por eso conocía el manuscrito de Van desde su génesis; sigue siendo la única persona capaz de usar una competencia psicológica que se añade a su competencia lingüística para descifrar las estructuras profundas de la información dada por Marcelo Van.

Esta información se transmite en un estilo sencillo y desprovisto de todo adorno estilístico; es el hablar cotidiano del pueblo bajo del que era oriundo el Hermano Marcelo y con el que había estudiado el padre Boucher el vietnamita. Para él, pues, el estilo de Marcelo Van no radica en una oposición paradigmática sino sintagmática. Así, el padre Boucher sigue siendo el único quien puede darse la cultura máxima para reconocer las unidades con las que jalonó Marcelo Van su texto. La traducción del manuscrito de Van fue hecha por una mano maestra y con una fidelidad asombrosa.

Además, el respeto de los principios de la organización del idioma vietnamita, en todas sus complejidades lexicológicas y semánticas, la comprensión de la flexión mórfica y léxica en la formación de las palabras vietnamitas ofrecen al traductor facilidad en la elección de términos precisos, riqueza en el uso de palabras pintorescas, lo que hace la lectura de la versión francesa agradable y notoriamente edificante.

Pienso firmemente que la traducción francesa de la autobiografía del Hermano Marcelo Van contribuirá muchísimo a “hacer accesible a un amplio público la vida y el alma de este religioso vietnamita”.

Hecho en Montreal, el 12 de Junio de 1987

Firmado: Profesor Lê Hûu Muc

Doctor en letras vietnamitas de la universidad de Saigón. Promotor del programa de estudios vietnamitas de las escuelas de Québec.

La rúbrica “TESTIMONIOS” del boletín convida a todos los amigos de Van a que midan la bondad de Dios y las maravillas que produce en las almas confiadas a su amor.

Con respecto a esto, la carta del 4 de enero de 1948, que el Hermano Marcelo Van escribe al padre Drayer Dufer, O. P. , padre ecónomo de Langson en la primavera de 1942, nos parece merecer una atención particular:

“Reverendo y querido Padre,

Me proponía escribirle con motivo del día del año nuevo francés, pero después se me olvidó. Afortunadamente, me queda el Têt vietnamita; lo aprovecho para hacerle repetir su vietnamita. No sé si será larga mi carta, pero he pedido al padre maestro dos grandes cuartillas. Escribo para ver como es exactamente de larga.

Querido padre, le amo mucho, y para las almas le amo. Mi país está en la actualidad como una flor marchita, y sin embargo no dejan de estallar las bombas y los obuses, dejando esta flor marchita en un estado aún más deplorable. Siento en mi corazón una profunda tristeza. Los misioneros están dispersados, y no saben las almas en quien confiar... Es de verdad lastimoso para las almas que aman a Dios.

Padre, le ruego no interrumpa su labor misionera. A este propósito, me estoy preguntando si está usted vivo o muerto. Posiblemente estará aún vivo, ya que debe proseguir su carrera de misionero. No se olvide del Vietnam, ¿sí? Allí se halla un tropel de niños de muy tierna edad que aún no tienen mamá para darles de comer. Hoy muchas madres adoptivas que no merecen el nombre de mamá, porque han dado a sus neños, quiero decir a las pequeñas almas, veneno para beber. Por eso necesitan estos neños ser sostenidos por las manos de una madre llena de ternura. Padre, no se olvide de sus neños, ¿sí? Mi llamado es el llamado de las almas. Suspiro por su vuelta al Vietnam más que suspiran los neños por el regreso de su mamá del mercado. Usted que ama a Jesús, tenga la bondad de no olvidarse de tener piedad de los neños de Jesús: las almas, en el Vietnam. Padre, he aquí la única llamada que puedo lanzarle. Al mismo tiempo que escucha las noticias del Vietnam, escuche también la voz de las almas que le apremian. De verdad, éstas son dos voces discrepantes: una que le impulsa a detenerse, otra que le apremia para adelantarse. Sin embargo, estoy seguro de que usted deberá volver con sus neñitos, pues su voz no deja de sonar con insistencia en sus oídos.

Padre, mi país está en ruinas, las almas están sepultadas en el dolor. No se olvide. En la actualidad, parece que la labor apostólica está interrumpida; pero no se puede interrumpir la oración. Le pido, pues, que tenga piedad de sus neñitos, que les consuele, les acaricie mediante la oración.

Por mi parte, no puedo olvidarle ni a usted, padre, ni a los sacerdotes de Francia, pues sé que la fuente que ha alimentado el amor de Jesús por el mundo aún no está del todo seca, sino que sigue corriendo sin cesar. Por eso, no he dudado en ofrecer mis sufrimientos y mis pobres oraciones por los sacerdotes de Francia y su país. Siento profundamente el dolor de las almas que, en mi país, están agobiadas de sufrimientos; pero no menos siento los sufrimientos de las almas que, en Francia, se encorvan bajo el yugo aplastante del comunismo. Sin embargo, me uno con mi pequeño Bien Amado y con las almas sinceras para tomar el firme compromiso aquí expresado: gracias a mis penas, gracias a los menores suspiros que suelto durante mi oración, triunfaré sobre el yugo aplastante del comunismo...

¡Ah! Padre, es esta una resolución muy fuerte, ¿verdad? Y si los comunistas se apoderaran de esta carta, seguro se burlarían de mí. Sin embargo, si tuvieran un poco de fe, no serían lo bastante presuntuosos como para reírse, o bien se reirían de dientes adentro y tendrían motivo para inquietarse.

Ahora ya no hablo de los comunistas... Aunque siento tristeza, sin embargo estoy siempre alegre, porque sé amar mucho al Niño Jesús. Está siempre triste él, pero con alegría padece su tristeza, de manera que está siempre alegre. Es lo mismo para mí: En la actualidad, no puedo ser llamado exteriormente su lobito; lloro siempre, pero lloro en mi habitación y nadie se percata de ello. En cambio, me río también constantemente, pues sabiendo la gente que lloro fácilmente, debo mostrarme siempre alegre con ella.

El año pasado, pensaba que Jesús estaba a punto de llevarme a armar mi tienda en el paraíso; pero en vano he esperado. ¡Sigo estando vivo! Aunque estoy cansado, aún no me ha concedido Jesús el descanso. Es una lástima, padre, pero debo estar alegre por tener que aguantar esta tristeza. ¿Está usted en las mismas condiciones? ¿Le ha dejado la enfermedad? Hace un año, ya estaba usted mejor; este año seguro está muy bien.

Estoy muy triste, padre, pronto tendré un año más, lo que no deseo en absoluto. Algo me consuelo pensando que este año, me será concedido ir a jugar con los santos inocentes, que vendrán seguro a buscarme para jugar con ellos en el Cielo. ¡Esta es una cosa que deseo mucho...!

Pero compruebo que aún no lo he felicitado por el año nuevo: Padre, le deseo que tenga el mismo espíritu de Teresita, para que esté siempre lleno de celo por las almas en el Vietnam.

Tenga la bondad de aceptar este deseo, ¿quiere? Pido a Teresita que cuide de que se realice.

Hasta luego, querido padre,

J. M. T. Marcelo (C. 67)

OBRAS DEL HERMANO MARCELO
VAN YA PUBLICADAS

–“L’amour ne peut mourir”

P. Marie-Michel (Vida de Marcelo Van)

Le Sarment Fayard- Te’mouis de la Cunuère

65 F 274 p.

–“L’amour me connaît”

P. Marie-Michel (Escritos espirituales de Marcelo Van)

Le Sarment Fayard. Paroles de Lumière

75 F 304 p.

–“L’enfant de l’aurore”

Père Marie-Michel (Cartas de Marcelo Van)

Le Sarment Fayard. Paroles de Lumière.

69 F 295 p.

–“Tuih jiu Khong thé chêt”

Versión en idioma vietnamita

de “l’amour ne peut mourir”

Les amis de Van

50 F 286 p.

–“Van, petit frère de Thérèse”

Pequeña historia ilustrada

Número especial de “Vianney”

30 F 68 p.

–“Le Rosaire, textes de Van”

Monastère de Chambarand

18 F 42 p.

–Vídeo

l'amour ne peut mourir (Vida de Marcelo Van)

Rassemblement à son image

160 F 1 hora

–Casset 25 F

Van, l'enfant au voleu defue

Père Daniel Anfe

Diakonia

–Van et Thérèse

Père Marie-Michel

Maria Multi-Media

OBRAS DE MARCELO VAN YA PUBLICADAS:

Los precios no integran los gastos de porte. Pueden ustedes adquirir estas obras dirigiéndose directamente a:

LES AMIS DE VAN

35 rue Alain Chartier

75015 PARÍS

LES AMIS DE VAN

Este boletín se reparte gratuitamente.

Los que deseen pueden ayudar por su generosidad y sus donativos a la edición y difusión de esta publicación así como la realización de las actividades apostólicas dirigidas también por “les amis de Van”

Todas las entregas deben ser enviadas exclusivamente en nombre de:

“Van International”

Trasmitidos a las señas más abajo:

35 rue Alain Cartier

75015 PARÍS

Cuenta Bancaria:

Código banco: 30094

Código agencia: 01696

Número de cuenta: 0003123500

Domiciliación: BNP PARÍS

Directora de la publicación: Anne de BLAY...

Traducción de lo de la tapa posterior

En conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos no pretender, por este boletín difundido en provecho de los amigos de Van, prevenir en nada el juicio oficial de la Iglesia a quien sola compete otorgar el título de santo. De antemano, nos sometemos filialmente y sin reservas a su decisión.